

COMUNICACIÓN FEMINISTA PARA UN MUNDO JUSTO



GUÍA DIDÁCTICA

AUTORA: IRANTZU VARELA

COORDINADORA DEL PROYECTO: ZAIRA IVONNE ZAVALA

MAQUETACIÓN: TERESA CRUZ

DOCUMENTO DISPONIBLE EN WWW.ASAD.ES

GUÍA DIDÁCTICA

COMUNICACIÓN FEMINISTA PARA UN MUNDO JUSTO

PROYECTO

VIRALIZACIÓN: FORMACIÓN DE AGENTES SOCIALES ANDALUCES
EN HERRAMIENTAS INNOVADORAS DE COMUNICACIÓN PARA
DIFUNDIR LOS ODS Y COMBATIR LA DISCRIMINACIÓN

Un proyecto de **ASAD**, Asociación Solidaria Andaluza de Desarrollo.



Financiado por la Agencia Andaluza de Cooperación Internacional para el desarrollo.



OBJETIVOS DEL CURSO

- **Tomar conciencia** sobre las desigualdades estructurales, especialmente de las que nos resultan menos evidentes, por estar insertas en un relato colectivo que hace parecer la desigualdad el estado natural de las cosas
- **Dotarnos de herramientas** para comprender, señalar y visibilizar las dinámicas de opresión y desigualdad que funcionan en nuestro entorno y desarrollar capacidades para contar la realidad con una mirada compleja, profunda, transformadora y feminista.
- Trabajar en la **creación de herramientas** propias y colectivas para construir relatos desde nuestras inquietudes y capacidades.

PROGRAMA DEL CURSO

Módulo I. Comprender la mirada y el relato patriarcales

sesión 1: La trampa de la objetividad

sesión 2: ¿Quién construye el relato?

sesión 3: ¿Por qué tanto esfuerzo en limitar la mirada?

Módulo II. Ampliar la mirada: perspectiva feminista interseccional

sesión 1: Perspectiva de género y de las diversidades y opresiones

sesión 2: La representación como forma de normativizar las desigualdades

sesión 3: Romper con el discurso de lo “normal”

Módulo III. Construir el relato: comunicación para la transformación

sesión 1: El lenguaje y las imágenes como herramienta de construcción de una realidad más justa

sesión 2: Contar desde los márgenes para cambiar el foco de la centralidad

sesión 3: Construir una agenda propia para redefinir las “corrientes principales”

Módulo IV. Lenguajes nuevos para relatos emancipadores

sesión 1: Repensar (y re-producir) lo audiovisual para un nuevo imaginario

sesión 2: Las redes sociales o la atomización de las agendas, como oportunidad para un pensamiento crítico.

sesión 3: Autoperibirse (y situarse) como agente en la generación de contenidos transformadores.

MÓDULO I. COMPRENDER LA MIRADA Y EL RELATO PATRIARCALES

SESIÓN 1: LA TRAMPA DE LA OBJETIVIDAD

“La objetividad no existe” es la primera frase que me retumbó en la cabeza en aquella Facultad de Periodismo que pisaba hacía pocos días. Yo, que siempre había querido ser periodista, para “contarle la verdad a la gente”, me encontraba de frente con una realidad que me ha construido como periodista y -sobre todo- como feminista.

“Le llamamos objetividad a la subjetividad masculina” dice Marcela Lagarde (y blanca y cisheterosexual y del Norte Global, añadiría yo).

La idea de que existe una realidad indiscutible, que no es la versión de nadie y que no pretende favorecer los intereses de ningún sector, es una de las principales mentiras que se nos han hecho creer -y que se sigue intentando cada día que nos creamos-. Hemos escuchado muchas veces que “la Historia siempre la cuentan los vencedores”, pero transitamos por la sociedad dando credibilidad a relatos que vienen siempre decorados (o directamente inventados) por grupos de poder que pretenden que las cosas sigan como están o

que -en el peor de los casos- pretenden dirigir el sentido de los cambios.

No se trata de teorías de la conspiración o de contubernios malvados que nos acosan. Se trata -simplemente- de que todas las personas usamos nuestra capacidad de comunicación para tratar de imponer nuestro relato, pues quien domina el relato controla la situación.

No hace falta ir muy lejos para entender esto: en los conflictos de pareja, por ejemplo, donde suceden hechos “objetivos” y -en principio- sólo hay dos personas implicadas, difícilmente encontramos casos en los que ambas personas compartan la misma versión. Lo mismo sucede en los conflictos laborales, donde las personas trabajadoras consideran que exigen lo que les corresponde, y las empresarias creen que ya hacen suficientes concesiones. O entre la población palestina y la israelí, en la que existen mayorías de gente que -honestamente- cree que sus gobernantes están haciendo lo justo.

No estamos planteando que no existe la realidad, la verdad o la justicia. Pero sí estamos planteando que estas cuestiones son un consenso que hay que construir de forma colectiva, con bases



Detención de un menor palestino por el ejército israelí



Israel ganando el festival de Eurovisión

sólidas y que hay que reproducir y mantener a través de los relatos, tanto los macro como los cotidianos. También existen la invención, la mentira y la injusticia, y quienes las defienden saben que pueden hacerlas pasar por realidad objetiva, si crean un buen relato, o -a veces- simplemente creen que son la verdad.

Lukes¹ decía que “no hay poder más perverso que el que hace parecer la desigualdad como el estado natural de las cosas”. Y se refiere a que todos los sistemas de dominación de la historia se han sostenido sobre las creencias que justificaban las injusticias y sobre las mentiras que parecían verdades. En el libro de Lukes se hace referencia a la Edad Media, periodo en el que la práctica totalidad de la población vivía en situación de extrema pobreza, y entregaba un 10% de lo poco que poseía a los señores feudales y los curas, porque consideraba que eran “representantes de dios”. Aunque había unos ciertos niveles de violencia directa, que “contribuían” a la “voluntad” del campesinado, lo cierto es que el régimen feudal no poseía fuerzas reales suficientes para contener a la población, en caso de que se hubiera rebelado contra lo que consideraba

“su destino”. Así, nobles y curas se encargaban de reforzar mitos, cuentos y supersticiones, y de alimentar el temor a “dios” para que el relato hiciera el trabajo que nunca podría haber hecho el ejército.

Cuando el cuento dejó de funcionar, hubo que quemar en la hoguera a unas cuantas miles de mujeres para mantener el miedo intacto. Y ni aún así. Llegó la Ilustración, y cambiaron los relatos.

Pero la prevalencia de las iglesias en estados supuestamente laicos o la supervivencia de regímenes monárquicos en estados que se consideran democráticos, son herencias directas de aquella época y de las creencias que en ella se instalaron.

Otro caso al que se puede aplicar esta lectura es el de la esclavitud en América, especialmente en USA. Una sociedad que se considera la primera democracia moderna (y burguesa) convive hasta finales del siglo XIX con la esclavitud, que suponía que las personas consideradas negras no eran seres humanos, sino propiedad privada de los hombres blancos que pudieran comprarlas. Tardaron 100 años más en anular las leyes que obligaban a las personas negras a ir a es-

1 Lukes, Steven “Power. A radical view” (1974)



Monarquías del mundo, unidas



Imagen de ejecuciones de mujeres durante la caza de brujas



La bandera esclavista en el interior del Capitolio.



Resistencia pacífica ante la brutalidad policial durante el BLM.

cuelas separadas, beber en fuentes separadas, sentarse en bancos separados de las personas blancas. El año en el que los Beatles sacaban su tercer disco², por cierto. Las herencias del régimen racista y colonial se han manifestado recientemente en el auge de un supremacismo blanco que entra armado en las sedes de las instituciones democráticas, o en el necesario movimiento *Black Live Matters*.

La tolerancia de nuestra sociedad hacia la violencia contra las mujeres, la negación de la LGTBI-Qfobia, la naturalización de las diferencias sociales, la normalización de la violencia policial o la anestesia ante las muertes evitables en las fronteras de la UE, son otros ejemplos de fenómenos de violencia y dominación que nos resultarían insoportables, hasta el punto de que haríamos lo que fuera posible por evitarlos, si no fuera porque hemos asimilado relatos que nos han hecho creer que no eran para tanto. O que no existen. O que no se pueden evitar.

El arquitecto del ascenso al poder de los nazis -a través de las urnas, que no se nos olvide- por su trabajo como director de comunicación del Parti-

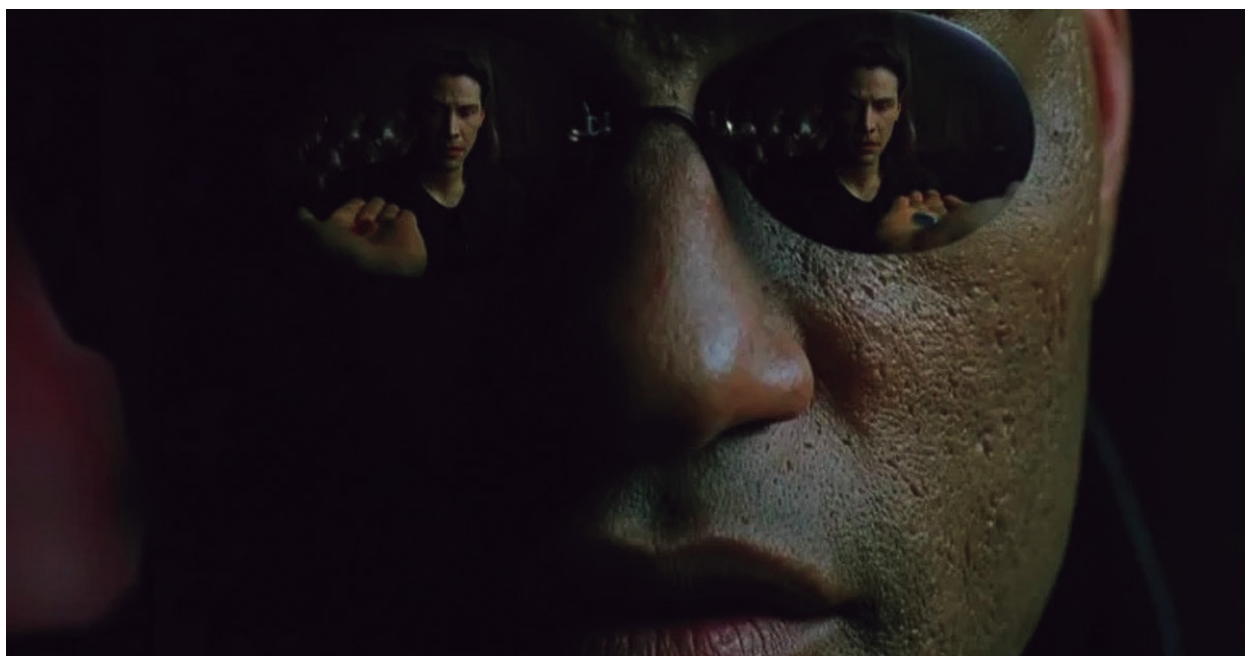
² "A hard day's night" (1964)

do Nazi, fue Joseph Goebbels, responsable del Ministerio de Educación Popular y Propaganda, creado por Adolf Hitler a su llegada al poder en 1933. En cuanto llegó al poder, Goebbels prohibió todas las publicaciones y medios de comunicación fuera de su control, y centralizó la producción del cine, la radio, el teatro, la literatura y la prensa. Goebbels tenía muy claro que quien construye en relato, manda.

Como “genio” de la propaganda que era, Goebbels creó los 11 principios de la propaganda nazi, que constituyen una política de comunicación que nadie debería copiar, pero que las extremas derechas del mundo desde Trump (bueno, él no, el estratega de su campaña Steve Bannon) hasta la que ha irrumpido en nuestras instituciones, han hecho propias. Seguro que os suenan:

11 Principios de la propaganda nazi de Joseph Goebbels

- 1) **Principio de simplificación y del enemigo único.** Adoptar una única idea, un único Símbolo. Individualizar al adversario en un único enemigo.
- 2) **Principio del método de contagio.** Reunir diversos adversarios en una sola categoría o individuo. Los adversarios han de constituirse en suma individualizada.
- 3) **Principio de la transposición.** Cargar sobre el adversario los propios errores o defectos, respondiendo el ataque con el ataque. “Si no puedes negar las malas noticias, inventa otras que las distraigan”.
- 4) **Principio de la exageración y desfiguración.** Convertir cualquier anécdota, por pequeña que sea, en amenaza grave.
- 5) **Principio de la vulgarización.** “Toda propaganda debe ser popular, adaptando su nivel al menos inteligente de los individuos a los que va dirigida. Cuanto más grande sea la masa a convencer, más pequeño ha de ser el esfuerzo mental a realizar. La capacidad receptiva de las masas es limitada y su comprensión escasa; además, tienen gran facilidad para olvidar”.
- 6) **Principio de orquestación.** “La propaganda debe limitarse a un número pequeño de ideas y repetirlas incansablemente, presentadas una y otra vez desde diferentes perspectivas pero siempre convergiendo sobre el mismo concepto. Sin fisuras ni dudas”. De aquí viene también la famosa frase: “Si una mentira se repite suficientemente, acaba por convertirse en verdad”.
- 7) **Principio de renovación.** Hay que emitir constantemente informaciones y argumentos nuevos a un ritmo tal que cuando el adversario responda el público esté ya interesado en otra cosa. Las respuestas del adversario nunca han de poder contrarrestar el nivel creciente de acusaciones.
- 8) **Principio de la verosimilitud.** Construir argumentos a partir de fuentes diversas, a través de los llamados globos sondas o de informaciones fragmentarias.
- 9) **Principio de la silenciación.** Acallar sobre las cuestiones sobre las que no se tienen argumentos y disimular las noticias que favorecen el adversario, también contraprogramando con la ayuda de medios de comunicación afines.
- 10) **Principio de la transfusión.** Por regla general la propaganda opera siempre a partir de un sustrato preexistente, ya sea una mitología nacional o un complejo de odios y prejuicios tradicionales; se trata de difundir argumentos que puedan arraigar en actitudes primitivas.
- 11) **Principio de la unanimidad.** Llegar a convencer a mucha gente que se piensa “como todo el mundo”; creando impresión de unanimidad.



Estas ideas plantean abiertamente la necesidad de mentir para hacer una comunicación que responda a unos intereses concretos y supongo que producirían rechazo a cualquier personas que se considere honesta, especialmente si quiere dedicarse a la comunicación. Pero, y ¿qué hay de ese mito que dice que en las facultades de periodismo te dicen “no dejes que la verdad te estropee una gran noticia?” En la mía no nos lo dijeron, la verdad.

Pero la palabra “mentira” también ha pasado por el filtro de la propaganda y ahora se llaman *fake news*, que no suena igual de mal. Y es un fenómeno que hemos naturalizado, hasta el punto de que proliferan servicios de comprobación de noticias, que utilizamos menos de lo que -probablemente- deberíamos.

En todo caso, la idea de verdad “adornada” forma parte de la cultura popular *latina* (aplicando este término, en principio, a las culturas mediterráneas, herederas de la civilización grecorromana) como

demuestra el uso de la expresión en italiano *non è vero, è ben trovato* (si no es verdad, está bien contado) que aparece por primera vez en en la obra *De gli eroici furori*³ del filósofo y astrónomo italiano Giordano Bruno, y que constituye un dicho popular, referido a la gente que “adorna” las anécdotas hasta los límites de lo cierto, pero las “mejora”.

Y ahora podríais decir: y ¿entonces? ¿para qué nos dedicamos a la comunicación? ¿Para mentir a la gente? ¿Para engañar? Pues -francamente- espero que no. Espero que quienes participáis en esta formación consideréis que la comunicación social, con perspectiva feminista e interseccional es una herramienta de transformación, para generar relatos desde los márgenes que nos hagan ser más conscientes de que en un mundo que merezca la pena ser vivido, en el centro sólo pue-

3 Bruno, Giordano. “De los heroicos furores” (1584)

de estar la sostenibilidad de vidas dignas de ser vividas para todas las personas, y no los intereses de las élites.

Eso sí, como Morfeo le dice a Neo en la brillante escena de la pastilla roja y la pastilla azul en Matrix, justo antes de que él vaya a tragarse la pastilla roja:

“Recuerda, lo único que te ofrezco es la verdad, nada más”⁴.



Referencias

Los 11 principios de la propaganda nazi de Joseph Goebbels

Steve Bannon, el ideólogo del “trumpismo”, que ha servido de inspiración a VOX incluso tras su caída

¿De dónde surge la locución ‘se non è vero, è ben trovato’?

The Matrix

The Matrix, escena de la pastilla roja y la pastilla azul

Power. A Radical view



Material complementario

“Abortamos la objetividad periodística” Feminacida

De la perspectiva de género al periodismo feminista: la identidad como manifiesto. LATFEM

4 Hermanas Wachowski. “The Matrix” (1999)

MÓDULO I. COMPRENDER LA MIRADA Y EL RELATO PATRIARCALES

SESIÓN 2: ¿QUIÉN CONSTRUYE EL RELATO?

A lo largo de la historia, algunos grupos no han necesitado poner tantos “esfuerzos” para dominar el relato como el aparato propagandístico que puso en marcha el Partido Nazi. La cuestión es que las élites tienden a ocupar la centralidad. Y como dice Lucas Platero “el privilegio es la voz”.

Si pensamos en las técnicas de *triage*, aplicadas a la gestión de accidentes y emergencias, la primera recomendación es atender primero a las personas heridas que no gritan, pues las personas que -al menos- pueden gritar, probablemente se encuentren en mejores condiciones que las que ni siquiera tienen fuerzas para pedir ayuda.

CLASIFICACION TRIAGE			
NIVEL DE URGENCIA	TIPO DE URGENCIA	COLOR	TIEMPO DE ESPERA
1	RESUCITACION	ROJO	ATENCION DE FORMA INMEDIATA
2	EMERGENCIA	NARANJA	10 - 15 MINUTOS
3	URGENCIA	AMARILLO	60 MINUTOS
4	URGENCIA MENOR	VERDE	2 HORAS
5	SIN URGENCIA	AZUL	4 HORAS

El **triage**, **trillaje** o **cribado** (del francés triage, “cribado o clasificación”; con la misma etimología que el español trillado, “separación del grano de la paja”) o protocolo de intervención es un método de selección y clasificación de pacientes empleado en la enfermería y la medicina de emergencias y desastres. Evalúa las prioridades de atención, privilegiando la posibilidad de supervivencia, de acuerdo con las necesidades terapéuticas y los recursos disponibles. Trata por tanto de evitar que se retrase la atención del paciente, que empeoraría su pronóstico por la demora en su atención.

En palabras de la feminista negra norteamericana Bell Hooks, “los discursos emancipadores no suelen partir de los grupos más vulnerables, pues las personas verdaderamente vulnerables se encuentran en situaciones de supervivencia.”

De forma paralela a estas visiones, transcurre la idea de que los discursos hegemónicos tienden a reproducirse y, por tanto, a multiplicarse. Los discursos hegemónicos no lo son por casualidad. La hegemonía la construyen las élites, siempre. A veces -aparentemente- sin querer. Pero nunca de manera inocua.

Los discursos hegemónicos constituyen lo que puede considerarse la “norma”, que siempre es una construcción. Pueden parecer discursos inofensivos, pero probablemente generen el espacio de legitimación para formas de violencia contra las personas que defienden o encarnan los discursos no hegemónicos.

Veamos algunos ejemplos:

La presunción de heterosexualidad podría parecer algo inofensivo, casi lógico, pues se da -o así lo vende el sistema heteronormativo- porque se trata de la orientación sexual mayoritaria. Por mucho que esa idea pueda ser cierta o tratarse de una suposición mayoritariamente asumida, y por mucho que haya un respeto creciente a los derechos de las personas no heterosexuales y una cada vez mayor *tolerancia* con orientaciones sexo afectivas no heteronormativas, lo cierto es que el nivel de denuncias por agresiones relacionadas con la LGTBIQfobia va en aumento, la representación de las relaciones sexo afectivas en la ficción es aplastantemente heteronormativa, las identidades y orientaciones no normativas siguen considerándose -de facto- patologías, y hay una mayoría de



personas que consideran que la orientación sexual es irrelevante, a pesar de que hay 12 países que siguen castigando la homosexualidad con la pena de muerte.

De hecho, sigue funcionando la idea de que “lo normal es ser heterosexual”. De ahí a la paliza por “maricón” o “bollera”, sólo hace falta un contexto propicio.

Que al genocidio y expolio al que se sometió al territorio actualmente conocido como América Latina (desde el feminismo decolonial prefieren denominarlo *Abya Yala*) se le denomine oficialmente “El Descubrimiento”, y que en el 500 aniversario de su inicio, y sin que se haya visto el final de las consecuencias de violencia y pobreza del régimen colonial que Europa (con España a la cabeza) impuso, se hicieran fastos de celebración y hermandad, es una prueba clarísima de aquello de que la Historia la escriben los vencedores. Un relato de siglos de explotación, esclavitud y violencias, documentado y labrado en las piedras de muchas plazas en toda América Latina, y en los cuerpos y territorios de quienes la habitaron y la habitan, sigue quedando silenciado por el relato hegemónico. Es el relato oficial de las *metrópolis*, que siguen contando que descubrieron unas tierras que se encontraron por casualidad mientras buscaban rutas comerciales, pero también es el relato de las élites de los pueblos colonizados, que tienen el mismo color de piel, los mismos apellidos y bastante mejor estatus que aquellos que les conquistaron.



Gráfico de Al-Andalus

No sólo es un relato estático, que cuenta como un gran éxito geopolítico lo que fue una casualidad “bien aprovechada”, si no que se mantiene un discurso violentamente colonial, según el cual la “madre patria” (España o Portugal) llevaron a una tierra de “salvajes” la cultura, la religión, la civilización. Genocidio, esclavitud, imposición religiosa y expropiación de las tierras, los recursos y las libertades, presentados como algo a celebrar en el discurso oficial.

Sin alejarnos ni de Isabel I ni de 1492, ni de los hechos históricos contados desde el relato de quienes ganaron las batallas, pero cuyas consecuencias alcanzan hasta nuestro días, tenemos el ejemplo de La toma de Granada. Es un día festivo en algunas comunidades autónomas, se celebran desfiles militares, se hacen actos de exaltación patriótica (este año, cómo no, monopolizados por la extrema derecha y por la ultraderecha) y se conmemora la victoria sobre la ciudad por parte de los denominados “Reyes Católicos”, que -al tratarse del último enclave bajo “poder musulmán”- dió fin a la “reconquista”.

Hay tantas comillas en este relato, porque es uno de los ejemplos más elaborados y más cercanos de los que muestran cómo la hegemonía se presenta a sí misma como la normalidad. La “dominación musulmana” sobre la península ibérica se

prolongó durante casi 800 años. No fue una invasión, no eran una fuerza extranjera. Los reyes “católicos” no recuperaron al reino de España para sus legítimos dueños y su legítima religión, porque -entre otras cosas- el Reino de España no existía en esas fechas. La mayor parte de la península ibérica fue Al-Andalus durante 8 siglos, parte de la avanzadísima civilización islámica (mientras el territorio europeo se encontraba en la Edad Oscura del Conocimiento) y Córdoba era uno de los principales centros económicos y culturales del mundo. La “herencia” cultural, arquitectónica y social de ese periodo es invaluable y está inevitablemente unida a la construcción de la cultura “española”.

El relato de la “reconquista” como una lucha por la liberación de un pueblo oprimido por un ejército invasor y de la recuperación de la “verdadera esencia” de España, es una *fake new* del tamaño de una catedral (o de una mezquita).

Así, podríamos poner infinitos ejemplos, en los que el relato hegemónico trasciende los espacios que podríamos considerar propios de *fake news*, para apropiarse (o reapropiarse) de los discursos de la Historia, la Ciencia, las Artes, la represen-



Cuadro que representa la “reconquista”



imagen del monopoly

tación en la ficción, los calendarios festivos, las creencias, el currículum escolar o la Academia.

Al contrario de lo que podríamos pensar en los años 80 (lo digo en plural mayestático, pero en realidad me refiero a mí misma), las élites no son un grupo de señores mayores, blancos, orondos y con chaqué y chistera, como los representábamos en las pintadas o las pancartas anticapitalistas, como si fueran el muñequito del Monopoly. Las élites son grupos de poder cada vez más *líquidos*⁵ en el sentido de que no están formados, como en los viejos tiempos, por personas concretas, provenientes de unas pocas y selectas familias educadas para el poder. Aunque esas familias siguen existiendo y siguen siendo élites.

Pero la construcción de la hegemonía se ha desviado hacia un esquema que ha dejado de ser piramidal y ha pasado a ser de centro y periferia. Las élites y sus productores de discursos están en el centro y, a medida que se pierde conexión con lo hegemónico, las reproductoras de discurso nos situamos en los márgenes, acercándonos a lo marginal a medida que cumplimos la norma.

Como dice una querida feminista gitana “vamos a hablar *en fácil*”. En el centro se encuentran los hombres blancos, cisheterosexuales, autónomos económicamente, adultos, sin diversidades fun-

cionales, sin responsabilidades de cuidado (que no se puedan cubrir con dinero). Vamos, que en el centro están los *BBVA* (*Burgués Blanco Varón Adulto*). Y, a medida que las personas nos alejamos de ese patrón de poder/hegemonía/norma, más al margen estamos.

Los *BBVA* presentan los informativos, son los dueños de las empresas de comunicación, escriben los libros, son los dueños de las editoriales, ganan las elecciones, dan los golpes de estado, definen las políticas económicas, poseen el dinero, definen las leyes y prohíben que les roben o les maten a ellos, pero no al resto.

Las personas que nos alejamos de ese “modelo”, tenemos cuotas decrecientes de participación en todos esos espacios, cuando menos condiciones cumplimos. Las mujeres, menos que los hombres, las personas racializadas, menos que las blancas, las personas funcionalmente diversas, menos que las -provisionalmente- funcionales, las personas LGTBIQ, menos que las personas cisheterosexuales, las personas precarias o pobres, menos que las propietarias... y así hasta el extremo del margen, en el que seguramente se encuentren personas migrantes o refugiadas sin documentación legal, identidades no binarias, trabajadoras sexuales, personas sin hogar, quienes tienen sufrimiento psíquico, o quienes “cumplen” con todas esas marginalidades.

Probablemente todas participamos en la reproducción de relatos hegemónicos y, seguramente, no nos demos siempre cuenta de ello. Como dice esa frase atroz pero revolucionaria de Paul B. Preciado “Si no sientes la violencia, probablemente la estés ejerciendo”. Y volvemos a Lucas Platero, usamos nuestra voz, a menudo pensando que lo hacemos desde una posición marginal, sin percibir que pue-

5 Usada esta expresión en el sentido utilizado por Zygmunt Bauman

de ser un privilegio (o quizás una rendición). Y es que la hegemonía, es decir, la participación activa en la reproducción de discursos hegemónicos, o es una expresión de poder o es una rendición a él. Toma ya.

Tenemos un ejemplo claro en la evolución que ha vivido la presencia del discurso feminista en los últimos años en los medios de comunicación y los espacios culturales y socio-políticos. En cuestión de una década, hemos pasado de ser un discurso marginal, minoritario, relacionado con cierta actividad intelectual o política y que no interesaba a los medios de comunicación, por emancipatorio, pero también por “críptico” (no es que habláramos *en fácil*, precisamente), a estar “de moda”.

Evidentemente, la centralidad que ha adquirido el feminismo en los últimos años, está directamente relacionada con el trabajo invisible pero imprescindible del movimiento feminista. Después de décadas de articulación, el feminismo español se organiza en torno a la propuesta de reforma de ley del aborto en 2014. Una amenaza como ésta, fortalece, legitima y saca a la calle masivamente a un movimiento feminista que es, por primera vez, tan numeroso, intergeneracional y “no ilustrado” (y no se trata de una descripción despectiva, si no de la idea de que salen a la calle mujeres movidas por la urgencia de una lucha común, aunque no hayan leído a Simone De Beauvoir). Con el impulso de esta lucha (la movilización en las calles retroalimenta y hace épica) y de la (inesperada) victoria que supuso no sólo tumbar la reforma de la ley, sino la dimisión del ministro que la impulsó, llegamos al 8 de marzo de 2018 y a la indignación de los detalles del caso de “La Manada,” un mes después, que incendió conciencias. Feministas en



todos los programas de televisión, columnistas feministas en todos los medios escritos y digitales, temarios feministas en los espacios académicos, publicaciones feministas, feministas, feministas, feministas...

Ya nos creíamos (yo la primera) que habíamos conquistado la hegemonía. Preparadas, listas, ya! Vamos a asaltar la representación y la máquina de generar discursos, relatos y verdades. Algunas imaginábamos que podríamos colarnos en los medios de comunicación a hablar de todo (no sólo de cualquier cosa con el sufijo *feminista*), que escribiríamos los guiones de las películas, que las dirigiríamos, que presentaríamos los late nights, que presidiríamos los jurados literarios pero también los tribunales, que las niñas querrían ser Wonder Woman y que conseguiríamos, con nuestro discurso emancipador, interseccional, anticapitalista y por la sostenibilidad de la vida, combatir todas las formas de opresión.

Pero resulta que no. Que todos los avances que consiguen las luchas sociales siempre tienen una reacción y que las cosas que volvieron a poner -poco a poco- en su sitio. Nos llamaban de programas generalistas en *prime time*, nos entrevistaban en medios de comunicación nacionales y pensábamos que alcanzar los altavoces era cuestión de tiempo. Seguir así y para adelante.



imagen de Marielle Franco

Pero resulta que no. Que los medios de comunicación entendieron enseguida quiénes eran las “malas feministas” y se quedaron con las buenas. Blancas, con pinta de “heteras” (sí, eso existe), payas, con estudios y con un discurso que no incomode. Y ahí están. Algunas no eran feministas porque no les parecía que iba con ellas, hasta que se convirtió en algo que servía para escribir libros o columnas, dirigir series o películas, presentar programas, ser tertulianas, recoger premios, o cualquiera de las formas de encarnar un *purple washing* que contribuye poco a lo político y algo más a lo personal. Las “molestas”, las feministas que mantienen un discurso contrahegemónico cuando ocupan (seguramente, esporádicamente) espacios de hegemonía, esas, lo pagan. Acoso, violencia, amenazas, exilios, tiros, miedo en el formato que haga falta. Que se lo pregunten a Marielle Franco y a tantas otras.

Pero también está la reacción en sí misma. Por eso los llaman “reaccionarios”, porque reaccionan a los avances sociales que ponen en peligro sus privilegios. El estreno de una película de acción protagonizada por una mujer, que salva a unas cuantas compañeras, lleva la cabeza rapada y no se ena-

mora (Mad Max: furia en la carretera⁶), desató una ola de protestas machistas que consideraban la película “una pieza de propaganda feminista que se hace pasar por una película para chicos”. Lo mismo pasó con películas de la saga Star Wars, con la versión protagonizada por mujeres de “Los Cazafantasmas” y con muchas otras ficciones que representan el mundo con una diversidad más realista que las películas de mafiosos o las series de publicistas de la Avenida Madison. El surgimiento de nuevas plataformas audiovisuales, que ha supuesto un aumento en el consumo de producciones, pero -sobre todo- un consumo mucho más a *la carta*, en el que las personas -diversas, como somos- elegimos en parte productos con los que podamos identificarnos, ha despertado también a los ofendidos de la “normatividad”. Las protestas porque en las series o películas aparezcan personajes no heterosexuales, no blancos (ojalá algún día, también, no con cuerpos delgados) y que no esté “justificado por el guión”, suponen un canto de cisne de una forma de representación que nos ha llevado a ver más verosímil cualquier ficción que no supere el test de Bechdel, que una película en la que una de la cuatro amigas de la protagonista sea, OMG, lesbiana, o negra, o las dos cosas.

6 George Miller, “Mad Max: furia en la carretera” (2015)



Referencias

Lucas Platero

Paul B. Preciado

Hooks, Bell (bibliografía)

“Los círculos de la violencia” (Inmaculada Montalbán)

Morir por ser gay: el mapamundi de la homofobia

“Vox se apodera de la celebración del Día de la Toma de Granada”

¿Pero qué es la modernidad líquida? (Entrevista a Zygmunt Bauman)

El aborto: la tumba política de Gallardón

La manada de Pozoblanco: preguntas y respuestas sobre la sentencia que condena por abuso sexual

“¿Qué es el purplewashing?”

“Quién es Marielle Franco y qué se sabe de su asesinato?”

Grupos machistas boicotean “Mad Max: furia en la carretera” por ser feminista

Vox alerta sobre el “feminismo progre” de Star Wars

¿Qué es el test de Bechdel y por qué hay tantas películas que todavía hoy lo suspenden?

Lijtmaer, Lucia. “Ofendidos” (Anagrama, 2019)



Material complementario

Discurso de Reese Witherspoon

Discurso “I’m a bad feminist” Madonna

Entrevista a Jimena Bandeira. elDiario.es

MÓDULO I. COMPRENDER LA MIRADA Y EL RELATO PATRIARCALES

SESIÓN 3: ¿POR QUÉ TANTO ESFUERZO EN LIMITAR LA MIRADA?

“Lo que sabes no lo puedes explicar, pero lo percibes. Ha sido así durante toda tu vida. Algo no funciona en el mundo. No sabes lo que es, pero ahí está, como una astilla clavada en tu mente, y te está enloqueciendo.

Matrix nos rodea, está por todas partes. Incluso ahora, en esta misma habitación. Puedes verla si miras por la ventana, o al encender la televisión. Puedes sentirla cuando vas a trabajar, cuando vas a la iglesia, cuando pagas tus impuestos. Es el mundo que ha sido puesto ante tus ojos para ocultarte la verdad.

-“¿Qué verdad?”

-“Que eres un esclavo, Neo. Igual que los demás, naciste en cautiverio. Naciste en una prisión que no puedes ni saborear, ni oler, ni tocar. Una prisión para tu mente. Por desgracia no se puede explicar lo que es Matrix, has de verla con tus propios ojos. Si tomas la pastilla azul, fin de la historia, Despertarás en tu cama y creerás lo que quieras creerte. Si te tomas la roja, te quedarás en el País de las Maravillas y yo te enseñaré hasta dónde llega la madriguera de conejos. Recuerda, lo único que te ofrezco es la verdad, nada más”.

(Matrix, 1999)

En esa escueta y demoledora conversación está la clave de todo: “Es el mundo que ha sido puesto ante tus ojos para ocultarte la verdad, ¿Qué verdad? Que eres un esclavo, Neo”. El esfuerzo en limitar la mirada es el esfuerzo por domesticar la mirada. De manera que no se perciban las estructuras perversas que hacen pasar por libertad, lo que no lo es; por normalidad, lo que es opresión; por accidentes inevitables, lo que es violencia.

El empoderamiento es el “proceso por el cual las personas fortalecen sus capacidades, confianza, visión y protagonismo como grupo social para impulsar cambios positivos de las situaciones que viven⁷”. Este proceso tiene tres fases: la toma de conciencia, la dotación de herramientas y la organización colectiva. No se trata de fases lineales ni necesariamente consecutivas, si no que las tres constituyen un continuo que está activo durante todo proceso de empoderamiento. Desde luego, el más importante, el más complejo y el más difícil de emprender es el de “toma de conciencia.” En él se centran todas las estructuras de los sistemas de dominación (como Matrix): en que no veamos la verdad, que somos esclavas.

Limitar la mirada, o más bien, hacer que veamos lo que la hegemonía (las élites) quiere que veamos, es el esfuerzo constante al que se consagran todos los relatos, hasta los que se venden como contrahegemónicos.

Que no me gusta a mí un ejemplo que aluda a lo personal... el amor romántico. Es un relato mánido, trillado, mil veces revisado, y que hemos destruido, deconstruido y reconstruido tanto que pareciera la herida de Quirón, el centauro inmortal



Kate Millet, referente del feminismo radical

cuya herida envenenada nunca se terminaba de curar ni terminaba de matarle.

De entrada, el amor podría ser un discurso contrahegemónico. Una emoción positiva, que genera bienestar, activa el deseo y libera endorfinas, invita al disfrute, a los cuidados y a lo desinteresado, no podía esconder nada que beneficie a las élites, ¿no? Pues resulta que sí. Que en esa factoría imparable de estructuras de control que es la hegemonía, el amor (romántico) se transforma en una herramienta de ordenación de la sexualidad y los afectos, big bang insustituible de la gran célula de reproducción de la normatividad capitalista y patriarcal que es la familia. La familia, la propiedad privada y el estado, esa triada de la opresión que describirá Engels⁸, la familia, la propiedad privada y el amor, canta Silvio Rodríguez. “El amor es el opio de las mujeres. Mientras los hombres gobiernan, las mujeres nos enamoramos” explicaba Kate Millet⁹. Y así ha sido. Y sigue siendo.

7 VVAA. Diccionario de acción humanitaria y cooperación al desarrollo (HEGOA, 2005)

8 Engels, F. “El origen de la familia, la propiedad privada y el estado” (1884)

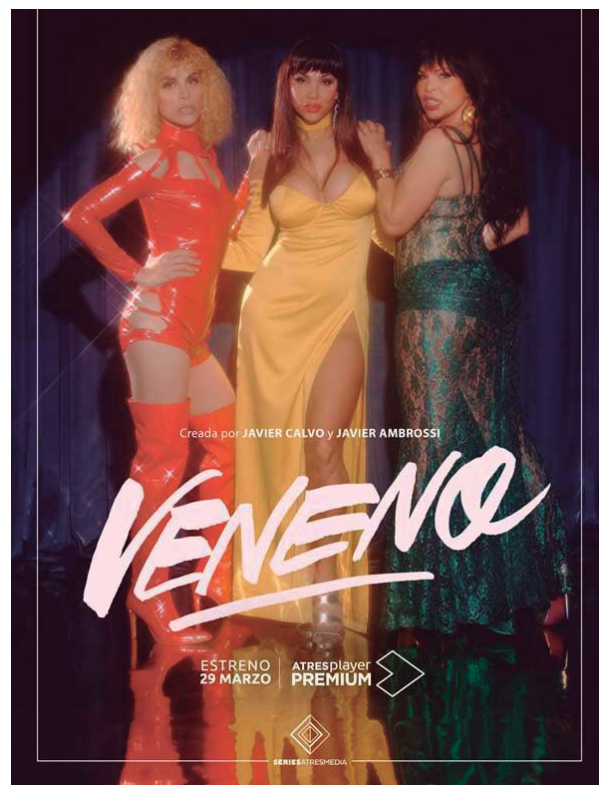
9 Millet, K. “Política sexual” (1966)

El relato construido desde la hegemonía sobre el amor (romántico) ha generado un marco de legitimación de diferentes sistemas de opresión que entran en intersección en ese espacio -por definición- inequitativo y nada igualitario que es la familia:

- es el principal espacio de la sociedad en el que se ejerce la violencia contra las mujeres (53% de las mujeres asesinadas en el estado español lo son a manos de su pareja o expareja hombre)
- es el espacio de explotación por excelencia del trabajo reproductivo no remunerado de las mujeres (89% del trabajo gratuito de cuidados en CAPV es realizado por mujeres)¹⁰
- es el espacio de explotación por excelencia del trabajo reproductivo remunerado de las mujeres (las “trabajadoras de hogar” tienen un convenio excepcional, que no contempla derechos básicos de la clase trabajadora, como el desempleo o la baja laboral)

¿Que bajón, no? Pues un poco sí. Pero lo cierto es que resulta francamente difícil construir una vida al margen del relato -probablemente- más elaborado de todos los contruidos desde la hegemonía. Es tan eficaz, que -por mucho que la propia experiencia nos diga que la fórmula no funciona- nos lo seguiremos creyendo, y empujando la piedra montaña arriba, como Sísifo.

Otro relato que se disfraza de contrahegemónico, es todo el que ha creado la parafernalia de la “incorrección política”, la libertad de expresión o la “cultura de la cancelación”. Desde todas las tribunas posibles, quienes ocupan conscientemente



los discursos hegemónicos, pero no forman tanta parte de las élites como les gustaría, critican que “ya no se puede decir nada”, que “se les censura”, al grito de “no nos callarán”, como repite Lisa Kudrow, desde todos los canales y la portada de su *best seller*, en el trailer de la nueva serie “A la mierda 2020”.

Hay mucho de lloriqueo fatuo en estas quejas, porque el *victimismo del incomprensido*, siempre ha sido un recurso de quienes se consideraban tocados por la genialidad pero no alcanzaban la gloria. Pero el auténtico movimiento que hay detrás de la proliferación de ese discurso (es paradójico que “prolifere” un discurso que trata de denunciar la “cancelación”, ¿no?) es el de quienes son conscientes de que están perdiendo el mando a distancia del más hegemónico de todos los discursos: que ELLOS son LO NORMAL.

¹⁰ Cifras del instituto Vasco de la Mujer (EMAKUNDE). No se dispone de los datos de otras CCAA

El hecho de que internet y las redes sociales hayan dinamitado la figura del intermediario (ese editor, ese redactor jefe, ese -señor blanco y cis-hetero- que decidía lo que se publicaba y lo que no) y hayan atomizado los públicos “objetivo” hasta tener la posibilidad de crear contenidos casi *a medida*, está construyendo un relato que muestra la realidad divergente y acrisolada en la que desarrollamos nuestras vidas la mayoría de las personas (las que no somos de ningún consejo ejecutivo ni editorial). Así, las mujeres, las personas racializadas, los pueblos y las lenguas minorizadas, los cuerpos no normativos, las divergencias de todo tipo, están conquistando un espacio, el de la representación, que es la tierra necesaria para cultivar lo que más miedo les da, la toma de conciencia.

Por eso nos empeñamos tanto en representarnos, en contarnos, en manifestarnos, en dibujarnos, en fotografiarnos, en tatuarnos, en vernos, en que se nos vea... porque la representación nos abre la puerta al relato, y el relato nos da un punto de apoyo para mover la palanca de lo central, y mover los ejes de la hegemonía, para que tenga -cuando menos- varios centros. Y no los ocupen siempre los mismos.



Referencias

Empoderamiento, definición. Diccionario de acción humanitaria, HEGO A 2005

Quirón o la herida incurable

El origen de la familia, la propiedad privada y el estado (Engels)

Kate Millet, Política Sexual

El mito de Sísifo

La familia, la propiedad privada y el amor (Silvio Rodríguez)

A la mierda el 2020 (trailer)

The Matrix: escena de la pastilla roja y la pastilla azul



Material complementario

Mirada patriarcal y estereotipos en las series de televisión en España

Almodóvar, de la transgresión al melodrama. Luces y sombras de su filmografía. PIKARA MAGAZINE

¿Por qué hay series de chicas? Netflix/Nerea Perez

MÓDULO II. AMPLIAR LA MIRADA: PERSPECTIVA FEMINISTA INTERSECCIONAL

SESIÓN 1: PERSPECTIVA DE GÉNERO Y DE LAS DIVERSIDADES Y OPRESIONES

Puede parecer una osadía decir que hacer “periodismo feminista” es la única manera de hacer periodismo, pero no lo es. Partiendo de la idea -una cosa es que entendamos la trampa de la objetividad y otra que no creamos en la función periodística- de que quien pretende utilizar la comunicación como un arma de transformación social tiene la responsabilidad de hacer un relato que refleje la realidad desde una perspectiva de verdad, justicia y reparación, tener una perspectiva feminista es imprescindible.

La comunicación desde los medios y plataformas hegemónicos se ha construido desde una sola perspectiva: la de la masculinidad blanca cisheterosexual propietaria, la de las élites. Sólo hace falta una mirada superficial a los principales canales de comunicación, para encontrarse con una

sobrerrepresentación de hombres de mediana edad blancos y heteros, contándonos el mundo. Y no sólo presentando los informativos, también en tertulias, canales de youtube, programas de radio, y supuestos espacios “alternativos.” Las mujeres, las personas racializadas, las personas no cis-heteronormativas, las personas con diversidades funcionales, sólo aparecemos en espacios de temáticas específicas, normalmente “crónica social” (qué coño será eso) o temas “humanos” (como si no lo fueran todos).

Pero no sólo faltamos conduciendo la cámara, el micrófono o el altavoz, en la forma que éste tome. Sobre todo, faltamos protagonizando y siendo sujetos del relato. El relato de la realidad está mediatizado por la mirada masculina, occidental que ostenta todos los privilegios, el principal de ellos considerarse “la norma.” El periodismo de guerra, la cobertura informativa de los deportes (permíteme no llamarlo “periodismo deportivo”), la crónica cultural, la información económica y todas las formas de comunicación que se os ocurran, son concebidas, estructuradas y contadas desde la misma perspectiva, desde la mirada hegemónica. Por eso a veces encontramos “fallos en Matrix,” como



Belen Esteban opinando sobre la gestión de la pandemia

que el alcalde de Madrid pida a la ciudadanía que guarde unos días más la basura en “el cuarto de la basura” (cuarto del que -por supuesto- la práctica totalidad de las personas carecemos), por eso Belén Esteban considera que conoce la realidad porque tiene amigas “que cogen el metro” y por eso Christine Lagarde, cuando era directora del Fondo Monetario Internacional, declaró que las personas estábamos viviendo demasiados años como para que fuera sostenible para el sistema.

Por eso Barack Obama, cuando era presidente de los Estados Unidos, decidió hacer un acto propagandístico e ir a comerse una hamburguesa a un establecimiento popular, rodeado de cámaras y de sus asesores de comunicación, pero la lió parda cuando pidió “mostaza de Dijon” (que está buenísima, pero que -como bien sabes- no tienen en las hamburgueserías). Porque creen que el mundo, la realidad, lo que es cierto, lo que está bien, es lo que viven desde sus atalayas. Y creen que “el resto” somos un error, una excentricidad, un margen.

Lo peor es que les damos la razón.

Si hay algo que funciona bien en los sistemas de dominación (como lo es el sistema capitalista, pa-

triarcal y colonial en el que vivimos) son las herramientas de violencia simbólica, que nos hacen percibir la opresión como el estado “natural” de las cosas. Esa capacidad que tenemos quienes nos movemos en los márgenes, de identificarnos con quienes nos oprimen desde el centro y que hacen que el pueblo (español) empatice con el rey (“qué campechano”, “qué crack”, “qué gran embajador”, “con todo lo que hizo por la democracia durante la transición”), entiendan que Messi evada impuestos, consideren que Cristiano Ronaldo no “necesita” violar o defiendan que los youtubers que facturan 4 millones de euros al año se vayan a Andorra para no pagar impuestos. Porque el discurso hegemónico te convence de que tu opresión es circunstancial.

Los relatos hegemónicos, en el fondo, son aspiracionales. Hacen pasar la experiencias extraordinariamente excepcionales de quienes ocupan espacios inaccesibles entre las élites como situaciones fortuitas, basadas en el esfuerzo, el trabajo, la buena suerte o la buena vibra. Por eso la gente se apunta a *coaching*, en vez de afiliarse a un sindicato. Por eso nos creemos que Bill Gates montó un imperio desde su garaje, o nos creemos que Amancio Ortega se ha hecho con 57.000 millones de euros a base de trabajo, esfuerzo, humildad y



Amancio Ortega riéndose

visión de negocio (y no explotando a millones de mujeres y niñas en la industria textil o llamando “ingeniería fiscal” a evadir impuestos).

Eso es la mirada hegemónica. Convencernos de nuestra propia excentricidad, del carácter fortuito y pasajero de nuestra propia marginalidad, de la puerta siempre abierta para salir de ella. Por eso la gente tiene más miedo a que le ocupen la casa que a que el banco (que es el verdadero dueño) les eche de ella. Por mucho que estén mucho más cerca de lo segundo que de lo primero.

Por eso es imprescindible la perspectiva feminista. Porque el feminismo es una construcción colectiva desarrollada por personas que encarnaban la misma opresión y que se organizaron en torno a ella para comprenderla, visibilizarla y combatirla.

Inicialmente, las propuestas del feminismo se centraban en reivindicaciones concretas construidas en torno a demandas específicas de mujeres que compartían una visión (y una posición). El derecho al voto, al divorcio, al aborto, al trabajo remunerado en igualdad y muchas otras conquistas de las que ahora disfrutamos, han sido fruto de la lucha de las que pusieron el cuerpo antes que nosotras. Pero también de las que reflexionaron,

teorizaron y generaron discurso y relato en torno a nuestro derecho a una ciudadanía plena. A raíz de la profundización en la lucha y en la reflexión, el discurso que genera el marco para el feminismo se ve en la situación de aplicarse el cuento tantas veces escuchado de las luchas “principales” y las luchas “secundarias”.

Me explico: durante toda la trayectoria de la lucha obrera, que sería (cometiendo la terrible horterada de autoreferenciarme) la “construcción colectiva desarrollada por personas que encarnaban la misma opresión -en este caso la de clase- y que se organizaron en torno a ella para comprenderla, visibilizarla y combatirla”, las reivindicaciones de las mujeres, que tenían que ver con sus necesidades prácticas (cuidados, trabajo reproductivo) pero también con sus intereses estratégicos (representación en los espacios de decisión, participación en la agenda política), siempre fueron relegadas a un segundo plano. Por mucho que hubiera liderazgos políticos y teóricos de mujeres que sostenían la lucha por los derechos de todas. Esto ha sucedido en diferentes periodos históricos, desde la Revolución Francesa, en la que Olympe de Gouges fue guillotinado en 1793 por sus propios compañeros de lucha, después de escribir y publicar la “Declaración de los Derechos



Ficha policial de Emma Goldman en una de sus 4 detenciones

de la Mujer y de la Ciudadana,” al darse cuenta de sus “aliados” habían escrito la “Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano” como un marco que basaba el nuevo concepto de ciudadanía en la figura de los hombres (blancos y heterosexuales, por supuesto) libres y propietarios.

Como Emma Goldman, como Clara Zetkin, como Aleksándra Kolontái, como Rosa Luxemburgo, como las mujeres que organizaron las manifestaciones en Rusia en febrero de 1917, bajo el lema “pan y rosas”, en las que las amas de casa, las campesinas y las obreras de las fábricas salieron a las calles a reivindicar mejores condiciones de vida para ellas y sus hijas e hijos, pero también cambios estructurales que acabaran con sus posiciones de explotación (de ahí el lema), dando inicio a la Revolución Rusa. Todas las mujeres que han luchado por nuestros derechos en el marco de la lucha obrera y de la izquierda en general, han tenido que pelearse con los que eran sus compañeros de lucha para convencerles de que la “lucha principal” no es la que ellos encarnan.

Y que los derechos de la clase obrera son fundamentales, pero que no todas las personas que encarnan la explotación capitalista en la clase obrera, lo hacen igual. Que algunas, además de la explotación del sistema y del patrón, vivimos la opresión en forma de violencia sexual, sobrecarga del trabajo de cuidados y reproductivo, diferencias salariales y todas las demás violencias sistémicas que implica encarnar un cuerpo marcado para la subalternidad, la sumisión y el trabajo gratuito: ser una mujer, vamos. Por eso odiamos a esos “aliados” que nos dicen que “la lucha principal es la lucha de clases”.

Bien, pues esto es un aprendizaje que nos tenemos que aplicar.

Hemos construido un feminismo que empezó peleando por los derechos de las que compartían explotaciones, pero también el privilegio de tener voz. Yo misma le escuché a Angela Davis decir, en un encuentro con feministas en Donosti, que ella, filósofa, comunista, militante de las Panteras



Angela Davis en su visita a Euskal Herria en 2016

Negras y abolicionista del sistema carcelario, en los años 70, pensaba que “el feminismo era una cosa de burguesas” y que ella decía, cuando le preguntaban, que no era feminista, que ella era revolucionaria. Y tenía, en parte, razón. Centradas en la lucha por derechos civiles y políticos, en construir una agenda que hiciera de la igualdad una realidad, nos convencimos de que todas éramos iguales ante la opresión. Pero no era así. Resulta que habíamos construido una lucha que consideraba que la principal opresión era la que nosotras encarnábamos. Y resulta que no.

Y entonces empezamos a escuchar a las que compartían nuestra opresión, pero encarnaban otras, en las que nosotras somos las privilegiadas.

En 1981, Angela Davis publica “Mujeres, raza y clase” y pone de manifiesto cómo, históricamente, las luchas que se ha organizado en torno a un sólo eje de opresión, considerando las demás opresiones como secundarias, han servido para generar nuevos espacios de privilegio (y, por tanto, nuevos espacios de opresión)

En 1989, la académica estadounidense Kimberlé Crenshaw construye el concepto “interseccionalidad” y lo define como “el fenómeno por el cual cada individuo sufre opresión u ostenta privilegio en base a su pertenencia a múltiples categorías

sociales.” Y muestra que si alguien se encuentra inmerso en un gran número de identidades oprimidas, estas acabarán provocando opresiones también múltiples, y no se pueden articular luchas contra cada forma de opresión, sin tener en cuenta todas las demás.

Y en esas estamos ahora. Tratando de incorporar a nuestra práctica feminista las aportaciones de aquellas que se han hartado de tener que pelearse con las que -se supone que somos- sus compañeras de lucha para convercernos de que la “lucha principal” no es la que nosotras encarnamos.

Por eso el feminismo se encuentra ahora mismo en un proceso de crecimiento, de profundización, de ampliación de su sujeto político, que incorpore todos los aprendizajes de las que han puesto sus cuerpos para romper con la idea vertical, jerárquica y patriarcal de que existe una opresión, una lucha, una reivindicación de derechos, más importante que las otras.

Volviendo a la comunicación como herramienta para la transformación social, a la comunicación feminista como una responsabilidad con la verdad, la justicia y la reparación, inevitablemente nos situamos en una idea de la comunicación feminista que incorpore la perspectiva de todas las formas de opresión, incluso las de aquellos már-

genes que todavía no vemos y que han conseguido que se escuche su voz.

Un perspectiva feminista que luche contra la lesbofobia, la homofobia, la transfobia, la bifobia, el racismo, el antigitanismo, el colonialismo, el capacitismo, el cuerdismo, el edadismo, el especismo y todas las formas de opresión que construyen este sistema capitalista que se sostiene sólo (sí, sí, ¡solo!) sobre la explotación de quienes ocupamos los márgenes (que somos, mira por donde, la absoluta mayoría) y la construcción de un relato que nos hace creer que todes cabemos (y deberíamos aspirar a entrar en) el centro.



La poeta Elvis Guerra

#

Referencias

Obama pide mostaza de Dijon en una hamburguesería

El Tornillo: El 8 de Marzo

La increíble vida de Emma Goldman, la mujer más peligrosa de Estados Unidos

Olympe De Gouges, la revolucionaria olvidada

Las panteras negras no envejecen

El gobierno de Brasil denuncia a Zara por usar mano de obra esclava en más de 30 talleres

Inditex, Mango y Desigual suspenden en transparencia sobre sus proveedores tras cinco años del derrumbe del Rana Plaza

El fantasma de la okupación, agítese antes de usar

oo

Material complementario

Interseccionalidad, definición y orígenes

Angela Davis: “Raza, género y clase son elementos entrelazados”

¿Homosexual, gay, puto? Una ‘muxe’ indígena frente al heteropatriarcado blanco

Dr. Angela Davis at Black Queer Town Hall 2020

Charla de Kimberlee Crenshaw (subtitulada en español) acerca del origen del término “interseccionalidad”

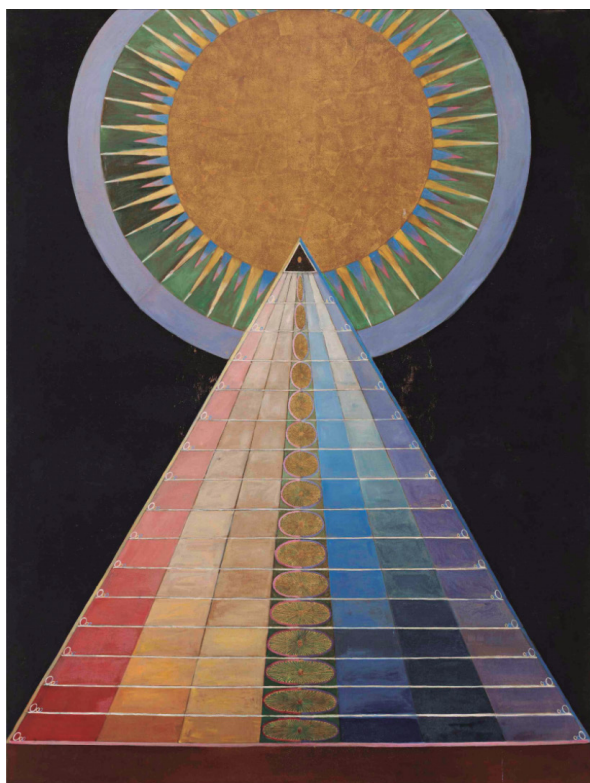
MÓDULO II. AMPLIAR LA MIRADA: PERSPECTIVA FEMINISTA INTERSECCIONAL

SESIÓN 2: LA REPRESENTACIÓN COMO FORMA DE NORMATIVIZAR LAS DESIGUALDADES

La representación es un concepto clave en la comprensión de las estructuras de nuestra sociedad. Como ya definía perfectamente Platón en *el Mito de la Caverna* (quien es claramente una inspiración para las hermanas Wachowski en su guión de *Matrix*) existe una distancia entre la realidad (si es que eso existe) y nuestra propia percepción. Desgraciadamente -casi siempre- por muchas pruebas que nos dé la realidad de que nuestra percepción es una construcción (interesada y al servicio de las élites o de nuestras propias creencias, si no de ambas) que no se corresponde con lo cierto, es complicado que nos atrevamos a cuestionar relatos que nos sacan de nuestra *zona de confort* (aunque esta zona no sea precisamente cómoda).

Otro de los grandes disgustos que me llevé en la Facultad de Periodismo (aparte del de que “la objetividad no existe”) fue el de entender -de la mano del profesor de semiótica- que las personas no tenemos la capacidad de inventar realidades, sólo creemos imaginar nuevas cosas, pegando retazos de referencias que hemos conocido. Vamos, que no creamos, copiamos bien. Como mucho, la gente especialmente talentosa y con un toque de genialidad, es capaz de crear imitaciones especialmente originales de la realidad, que parezcan fantasía. Y tiene mucho mérito construir algo con apariencia de fantasía, partiendo de la realidad. Por eso la gente con sensibilidad artística puede quedarse extasiada disfrutando de una obra abstracta, mientras a quienes no tienen receptividad para este tipo de arte, sólo les viene a la boca la pregunta “¿pero ésto qué es?”.

Más allá del arte abstracto, nuestro imaginario está construido por representaciones que hemos confiado a las personas que osaron imaginar por encima de sus limitaciones. Y así, imaginamos el espacio exterior como nos lo inventó George Lucas, el futuro como nos lo inventó Ridley Scott, el



Retablo número 1. Hilma af Klint

sexo como nos lo inventó el porno y el éxito como nos lo inventaron los escribas del capitalismo.

Evidentemente, la vida es mucho más fácil, si decides que alguien construya la realidad en la que creer.

Y esto sirve para cualquier ámbito de todos los que construyen el imaginario colectivo.

Resulta mucho más sencillo imaginarse el amor como nos lo cuentan en las películas y canciones, imaginar nuestras casas como un módulo de la tienda de Ikea, imaginar nuestro futuro como en los anuncios de planes de jubilación, nuestro cuerpo como el de las fotos de la tienda online, nuestra orientación sexual como la de las canciones, la transición democrática como nos la conta-

ron, la pobreza como una mezcla de mala suerte y falta de esfuerzo, la inmigración como una amenaza y la feminidad y la masculinidad como realidades biológicas indiscutibles.

Por eso la comunicación para la transformación es un arma con unas potencialidades que a veces no llegamos a calibrar. Porque la práctica totalidad de las opresiones, de las injusticias, de las desigualdades, se sustentan sobre una representación que las hace parecer “naturales.” Y, por eso, no las cuestionamos. Y -precisamente por eso- generar nuevas representaciones es una forma eficaz de generar transformaciones, porque le vemos el *backstage* al escenario de nuestra sociedad.

Una de las principales, más relevantes para la reproducción del sistema y mejor sustentadas representaciones de nuestra sociedad es la masculinidad y la feminidad. Hay quien mira con desconfianza las teorías *queer*, pero pocas afirmaciones (sostenidas por una estructura argumentativa profunda y compleja) se presentan como más prometedoras que la idea de Judith Butler de que “el género es performativo”, en el sentido de que es “una actuación” (una representación, una performance). Pero no se trata de una actuación puntual, sino de una “práctica social”, reiterada, continua y constante. De ahí que “hablar de performatividad del género implica que el género es una actuación reiterada y obligatoria en función de unas normas sociales que nos exceden”.

Parecen ideas muy complicadas de entender (y, ciertamente, el corpus teórico variadísimo y amplísimo que se engloba dentro de las denominadas *teorías queer*, lo es) pero la verdad es que sólo hace falta tener ganas de que se te caiga la venda de los ojos, para comprender esto de que el género es performativo. Si la propia Simone De Beauvoir

David Bowie, performing la performatividad del género



ya afirmaba que “mujer no se nace, se llega a serlo” en 1949, estaba generando el marco para que “el género” se pusiera “en disputa.” Con una lectura crítica básica de lo que nos hace leer a las personas (y leernos a nosotras mismas) como mujeres u hombres, ya es suficiente para entender que la mayoría de esos elementos son accesorios, poses, coreografías, imitaciones, actuaciones.

Las mujeres lo somos, porque actuamos como tales. Y “tales” es una referencialidad abstracta, construida de manera colectiva, desde el discurso hegemónico y al servicio de nuestra propia reproducción como tales. Y al servicio del sistema que nos necesita así, claro.

Las mujeres tienen el pelo largo, la piel fina, tienen poco vello, tienen vagina, llevan pendientes en las orejas, tienen -o quieren tener- hijos, se maquillan en las ocasiones especiales (osea, cuando van a interactuar con gente que les importa), son más de cuidar que de tomar la iniciativa, tienen menos deseo sexual que los hombres, son heterosexuales y son fuertes emocionalmente, pero no físicamente. Probablemente algunas de estas afirmaciones te parecen una estupidez, pero lo cierto es que todas lo son. Como creer que los hombres tienen el pelo corto, tienen un deseo sexual más activo, son más fuertes físicamente, son unos cracks si cambian los pañales de sus propias criaturas y tienen pene. Pues habrá unos que sí y habrá unos que no.



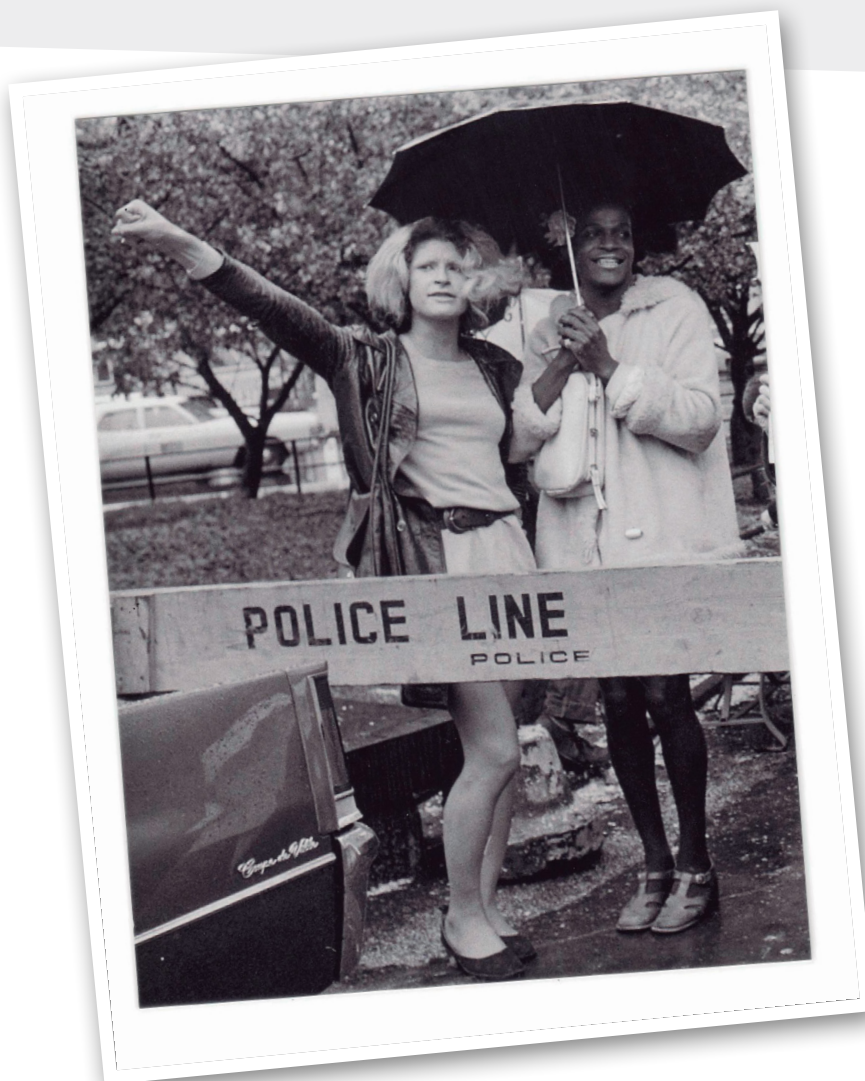
Sojourner Truth, nacida esclava, se escapó y recuperó la libertad de su hijo llevando a juicio al esclavista

El género no es la única representación aparentemente fundacional de nuestra civilización que es puesta en cuestión. Y no se ha caído el mundo. La esclavitud, sistema sobre el que se han sustentado civilizaciones enteras (empezando por la Antigua Grecia) se ha sostenido sobre “verdades” bélicas, sobre “verdades” geoestratégicas, pero -en sus formas más recientes, de las cuales queda una herencia mucho más que latente- sobre todo en “verdades” biológicas, según las cuales privar de su libertad y de un trato digno de un ser humano a las personas negras estaba justificado, porque no eran personas, eran esclavos y esclavas. Todo el trabajo de quienes lucharon por la abolición de la esclavitud, primero; por el fin de las leyes de segregación y por los derechos civiles después y por la lucha antirracista activa e imprescindible hasta nuestros días, nos ha traído a un momento histórico en el que la esclavitud (como sistema legal y establecido formalmente, no entendido como una lectura crítica de algunas formas de explotación) nos parece una aberración. Y gracias también a la aportación teórica y política de quienes se organizan en torno al antirracismo, hemos entendido el potencial transformador de entender la “raza”

como una construcción política, que se ha apoyado en supuestas “realidades” biológicas, científicas, antropológicas para justificar atrocidades que deshumanizan, precisamente a quienes las realiza(ro)n y a quienes las legitima(ro)n.

Por eso, resulta tan clave el uso del término “racializada”, construido por las personas organizadas en torno a la lucha antirracista. Porque deja clara la construcción política de una realidad que durante siglos no se puso en cuestión. Pero también porque demuestra la dinámica perversa de las representaciones. Al hablar de personas “racializadas” no sólo se pone de manifiesto la artificiosidad de la (supuesta) realidad biológica, sino la condena a la subalternidad que suponen todas las representaciones para la opresión: las personas “racializadas” son las no blancas. Se construye, entonces, una jerarquía de centro y periferia, en cuya posición de privilegio están las personas “blancas”, que “no tienen raza”, que son -por tanto- la norma. En los márgenes, se van situando las personas que no cumplen los requisitos del privilegio, más marginales cuanto más racializadas. Así, tenemos una percepción (completamente falsa, como imaginarás) de que la “mayoría de la gente” es “blanca”. Y que las personas racializadas son extranjeras, exóticas, pintorescas, diferentes a las blancas e iguales entre sí. (No, no todos los chinos se parecen. Es tu racismo el que los ve así)

La capacidad de engaño de una representación es tal, que muchas personas nos autopercebimos (o nos autopercebíamos) como “blancas”, hasta que salimos a un contexto en el que -no tanto- nuestro tono de piel, nuestra lengua materna o nuestro origen son considerados “exóticos”, y flipamos. Porque (espero no ser yo la que destruye vuestra burbujita caucásica) queridos amigos, en USA -por ejemplo- no somos consideradas personas



Masha P. Johson y Silvia Rivera, mujeres trans racializadas y trabajadoras sexuales que lideraron los disturbios de Stonewall el 28 de junio de 1969

blancas. No somos *white people*. Lo sé porque la nominación al Oscar a Antonio Banderas en 2020 por su papel protagonista en *Dolor y Gloria* fue considerada la de un “actor de color”. También lo sé porque en algunas no memorables visitas a las fronteras estadounidenses he sido catalogada por los agentes de fronteras como “dark european” (europea oscura) y como “mediterranean”, pero no como “white” o “caucasian”. Para mi sorpresa, al principio. Por mucho que el color de mi piel y el de mi pasaporte sean un privilegio en cualquier frontera. Y fuera de ella.

Con la heteronorma pasa algo parecido. No sólo existe la presunción de heterosexualidad, que da por hecho que “lo normal es ser heterosexual” y que a la gente que no lo es “se le nota”. Como si las prácticas sexoafectivas de la gente “normal” no construyeran su manera de estar en el mundo, pero a las de las personas que se enamoran,

follan, desean y cuidan al margen de lo normativo se les tuviera que “notar” en la forma de hablar, de moverse, de vestirse, de cortarse el pelo o de dejárselo largo.

La heteronormatividad, como la masculinidad hegemónica, como el racismo, también se construye en torno a estructuras de subalternidad. Gracias a la lucha del colectivo LGBTIQ (y su complicidad casi atávica con el movimiento feminista) se ha ido rompiendo la idea de que a las personas con prácticas no heterosexuales “nos pasa algo”. Con la despatologización de la homosexualidad, primero, y de la transexualidad, después se ha sacado lo no heterosexual de los manuales de salud mental. Pero sigue habiendo países en el mundo donde se castiga con la pena de muerte. Y quedan muchas peleas para conseguir que no se ejerza una violencia estructural contra quienes se salen de “La Norma”. Que, recordemos, es inventada.



Referencias

El Mito de la Caverna de Platón

Hilma af Klint: ¿la primera artista abstracta del mundo?

Judith Butler para principiantes

Simone de Beauvoir, la cara de la rebelión feminista

Biografía de David Bowie

¿Por qué llaman “actor de color” a Antonio Banderas en Estados Unidos?



Material complementario

Cuando las mujeres negras ocultaban los mapas de escape de la esclavitud en sus peinados

A 169 años de un discurso mítico: “¿Acaso no soy una mujer?”

El Tornillo: 28J y el orgullo crítico

MÓDULO II. AMPLIAR LA MIRADA: PERSPECTIVA FEMINISTA INTERSECCIONAL

SESIÓN 3: ROMPER CON EL DISCURSO DE LO “NORMAL”

Decía Caetano Veloso que “de perto, ninguém é normal” (*de cerca, nadie es normal*) y estaba diciendo algo que puede ser mucho más transformador de lo que parece.

La “normalidad” es un discurso peligroso, violento y -cómo no- funcional al sistema. De hecho, una de las definiciones que se pueden hacer del privilegio es el convencimiento de normalidad, la idea de que uno mismo (y el masculino genérico es a propósito), en todos los ámbitos de su vida, constituye lo que es “lo normal” y que todas las demás posibilidades son “identidades”, “opciones”, “vicios”, “excentricidades”, “taras”, “traumas”, “minorías”... pero siempre “anormalidades”, realidades subalternas.

El *principio de alteridad* lo plantea Simone De Beauvoir en “El Segundo Sexo” (ese título imposiblemente mejor elegido), cuando habla de

la identidad femenina como una identidad subalterna a la masculina, que es la hegemónica. Y puede parecer una simplicidad, pero constituye uno de los pilares clave sobre los que se sostiene el patriarcado: la idea de que “lo normal” es ser un hombre y lo “excepcional” es ser una mujer. Esta es la razón por la que asumimos como “normal” que todos los candidatos a la presidencia del gobierno en todas las elecciones que ha vivido la democracia española han sido hombres, que los síntomas del infarto que conocemos (y cuyo reconocimiento es imprescindible para sobrevivir a uno) son aplicables sólo a los hombres, o que sigamos viendo en los medios de comunicación, cada día, noticias sobre “la primera mujer que”.

O, por eso, seguimos tolerando que la Real Academia Española de La Lengua, tenga los arrestos de definir, en su primera acepción (¡la primera!) de la palabra hombre: “Ser animado racional, varón o mujer”. Varón ¡o mujer!. Claro, seguramente no tiene nada que ver con el género, la raza, la clase, la orientación sexual o la ideología política de sus componentes (ironía *on*).



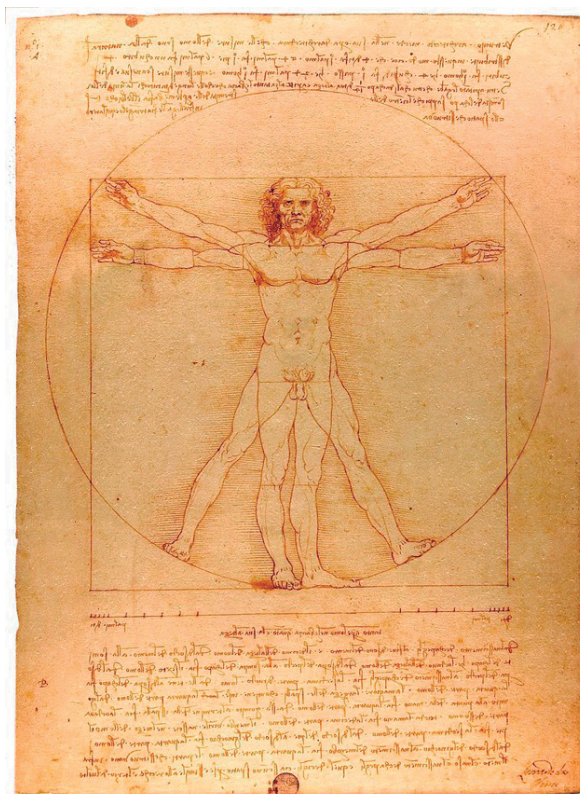
El rey (y señora) presidiendo una reunión de la RAE

Pero la alteridad no es un concepto que pueda aplicarse sólo a la feminidad. Como explica Simone (que es ya como una amiga nuestra) “la alteridad es una categoría del pensamiento necesaria para definir al sujeto: Ninguna colectividad se define jamás como *Una* sin colocar inmediatamente enfrente a la *Otra*”.

La construcción de cualquier sistema de dominación requiere de la generación de una serie de imaginarios colectivos que hagan de marco para todas las violencias necesarias para sostenerlos. Dicho *en fácil*: para discriminar, oprimir y explotar a un “colectivo” (uso esta palabra con comillas, porque tiene unas connotaciones de “minoría” que a veces forman parte de la propia estrategia de marginación) y para que la “gente decente” lo tolere, es imprescindible crear un relato en el que haya un “Nosotros” y un “esa gente”. Y eso se construye creando un relato que haga parecer que “nosotros” somos la “normalidad” y “esa gente” es “lo raro”. Y el éxito está asegurado si también convencemos de su “rareza” a “esa gente”.

Las mujeres hemos hecho un *master* en alteridad desde el momento de nuestro nacimiento. Y lo digo yo, que me eduqué en un colegio de monjas no mixto, en el que sólo había profesoras y alumnas y a la entrada había un gran cartel que decía “los niños de hoy son los hombres del mañana.” Y nosotras, tan pichis. Y luego vienen los ensayos clínicos realizados sólo en hombres, el origen del *Índice de Masa Corporal* que pretende estandarizar las proporciones de un obrero francés del siglo XIX para todas las personas, de todos los géneros, de todo el planeta; las leyes que prohibían explícitamente el acceso de las mujeres a profesiones, espacios y ámbitos de decisión o conocimiento, hasta antesdeayer, o un sistema de “justicia” patriarcal que está creado para proteger los cuerpos, propiedades e intereses de los hombres y castigar sólo a quienes rompen el orden patriarcal.

Fíjate lo listo que era Leonardo Da Vinci y cuando se le ocurrió hacer una ilustración que retratara las proporciones del cuerpo humano según los parámetros del arquitecto Vitruvio, le salió -cómo no- el “hombre de Vitruvio”.



El hombre de Vitruvio, ilustración de Leonardo Da Vinci (1480)

El discurso de la normalidad, violenta a todos los grupos, personas e identidades que se salen de él y coincide, una vez más, con las élites. Es decir, el discurso de la normalidad genera privilegios y opresiones. Una vez más, la representación pone en el centro a quienes son más funcionales al sistema (quienes más contribuyen a su reproducción) y envía a los márgenes a quienes son disfuncionales (quienes ponen en cuestión los sistemas de representación que el propio sistema se ha inventado para reproducirse).

Lo normal es ser un hombre, lo normal es ser heterosexual, lo normal es ser blanco/payo, lo normal es tener un trabajo remunerado, lo normal es reproducirse, lo normal es que la identidad de

género coincida con el sexo asignado al nacer, lo normal es tener una vivienda en propiedad, lo normal es tener un cuerpo funcional y una mente despatologizada, lo normal es ser cristiano, lo normal es comer carne, lo normal es aspirar a tener más dinero.

Por eso, lo anormal es ser una mujer, lo anormal es ser homosexual, lo anormal es ser racializada/gitana, lo anormal es trabajar sin remuneración o no trabajar, lo anormal es no tener criaturas, lo anormal es que ser trans o no binarie, lo anormal no tener casa, lo anormal es tener un cuerpo considerado diverso desde el punto de vista funcional y una mente considerada patológica, lo anormal es ser musulmán, lo normal es ser vegeta o vegana, lo anormal es aspirar a consumir menos.

Por eso, otra vez, vivimos en una sociedad que ha naturalizado la violencia sistemática contra las mujeres, la LGTBIfobia que se traduce en discriminación, marginación y estigmatización y violencia directa, el racismo sistémico de nuestras leyes, estructuras sociales y de lo más tolerado entre la gente “de bien”; la asunción de la familia como el espacio “natural” de los cuidados gratuitos y la generación de políticas desde esa perspectiva, las transfobia institucional y social, la violencia directa y la vulnerabilidad flagrante de las personas trans, las políticas especulativas de la vivienda y la marginalización de quienes no puede acceder a una, la discriminación y el abandono a su “suerte” de las personas con diversidad funcional, la estigmatización y limitación de libertades de las personas con sufrimiento psíquico, la islamofobia y su vinculación con el racismo, la industria agroalimentaria depredadora y explotadora de los recursos y las personas, y la imposición de los intereses del mercado, por encima de la sostenibilidad de la vida.



Pandora abriendo la caja que contiene todos los males del mundo

Vamos, que, puestas a destapar *cajas de pandora*, detrás de cada uno de los sistemas de dominación, opresión y explotación que operan en nuestro planeta, existe un relato de la “normalidad” que genera un sujeto central, privilegiado, visible, referencial, y una serie de sujetos marginales, a quienes se niega su propia diversidad y su propia agencia, considerando sus realidades como identidades excéntricas que no tienen derecho a ser consideradas sujetos. Nosotros y “esa gente.”

La buena noticia, que parece difícil de encontrar a estas alturas, es que los relatos -también el de la normalidad- se construyen. *Lo Normal* es un invento. El propio sistema y sus subsistemas de opresión, se han inventado sus normalidades, para que nada cambie. Y esto es una buena noticia, porque, desde los márgenes, podemos construir nuestros propios discursos, podemos crear y extender el relato que se constituya en el marco imprescindible para la disidencia contra lo normal.

Y la generación de relatos desde los márgenes es una de las estrategias con mayor capacidad de transformación de las estructuras sociales, pues las estructuras sociales -tal y como las conocemos- se han construido a base de relatos, lo que ocurre es que esos relatos salían siempre del mismo sitio: del centro.

Aunque parezca un poco tarde para hacerlo, podemos detenernos en la definición de la palabra “normal” (según la RAE)

- 1) adj. Dicho de una cosa: Que se halla en su estado natural.
- 2) adj. Habitual u ordinario.
- 3) adj. Que sirve de norma o regla.
- 4) adj. Dicho de una cosa: Que, por su naturaleza, forma o magnitud, se ajusta a ciertas normas fijadas de antemano.

“Estado natural,” “habitual,” “sirve de norma,” “se ajusta a ciertas normas”... vamos no podía ser más revelador. Los señores (y pocas señoras) de la foto de la primera página, no se cortan un pelo en dejar claro que “lo normal es lo que cumple las normas,” pero también es “lo que crea las normas.” El privilegio es eso, tener semejante sensación de impunidad que no se considere necesario ni siquiera el disimulo.

La ruptura del discurso de la normalidad y la generación de relatos de y para la disidencia, es una responsabilidad de cualquier persona que quiera usar la comunicación como una herramienta para la transformación social. Porque todo relato que no cuestione lo normativo está perpetuando lo normativo. Y, por lo tanto, el sistema que lo inventó y lo necesita para sobrevivir.

Romper con el discurso machista, racista, cisheterosexista, capacitista, cuerdista, adultista y apisonador de todas las divergencias, es romper con el sistema capitalista, cisheteropatriarcal, colonial e insostenible en el que vivimos. Y eso se hace contando nuestras historias, ocupando los espacios, poniendo el foco en lo subalterno, visibilizando las realidades e identidades diversas de una sociedad que lo es cada vez más. Saliendo de lo *obs-ceno* (en el sentido literal de “fuera de la escena”) y reivindicando que el eje de lo hegemónico de multiplique y deje de imponernos un relato en el que prácticamente nadie cumple todos los requisitos de *lo normal*.



Referencias

Caetano Veloso, Maria Gadú- Vaca Profana

El hombre de Vitruvio de Leonardo da Vinci

RAE, definición de hombre

El origen del famoso, útil y muchas veces malinterpretado Índice de Masa Corporal (IMC)

Mitos y leyendas: la caja de Pandora

RAE, definición de normal



Material complementario

El Tornillo: Lo Normal

Por una nueva normalidad feminista

El feminismo que nació con Simone de Beauvoir

MÓDULO III.

CONSTRUIR EL RELATO: COMUNICACIÓN PARA LA TRANSFORMACIÓN

SESIÓN 1: EL LENGUAJE Y LAS IMÁGENES COMO HERRAMIENTA DE CONSTRUCCIÓN DE UNA REALIDAD MÁS JUSTA

A estas alturas ya hemos dejado claro que las historias (en mayúsculas y en minúsculas, reales o de ficción) las escriben siempre quienes tienen el poder y el privilegio, y que no lo hacen de forma inocente, sino para intervenir lo máximo posible en el relato y -de paso- condicionar la realidad, condicionando la forma de la sociedad de percibirla.

A estas alturas supongo que también tenemos claro que, como personas comprometidas con la transformación social, poner parte de nuestros esfuerzos en incidir en el relato y en las perspectivas desde las que este se construye es una forma de transformar la realidad de forma directa, pero también de contribuir a generar un marco cada vez más favorable a la verdad, la justicia y la reparación.

Desde el feminismo y también desde otros movimientos sociales, como el antirracismo, se vienen trabajando hace décadas estrategias y herramientas para generar cambios en los lenguajes y en las formas de expresión y comunicación que manejamos en la sociedad, como forma de conseguir cambios en las realidades de las personas, cuerpos y colectivos vulnerables.

El feminismo empezó hace ya décadas con las críticas al uso sexista del lenguaje. Al principio, la sociedad lo recibió casi como una excentricidad -otra más- de las feministas (a las que “nos molesta todo”) pero, con el tiempo (en realidad, con los resultados de la lucha, el tiempo por sí solo no conquista ningún avance para la sociedad) se ha ido generalizando el uso de un lenguaje mucho más respetuoso con las diversidades que habitan nuestra sociedad y se ha reconocido socialmente el trasfondo discriminatorio de muchas de nuestras expresiones.



Comenzamos con la crítica al uso del masculino como genérico, y ya no hemos parado. A pesar de que desde las atalayas de la pureza del lenguaje (desconfía siempre de quien defienda la “pureza” de algo que no sea el medioambiente) se sigue defendiendo que el masculino plural es genérico y neutro, y que representa tanto al masculino como al femenino -con los *señores* de la RAE en la vanguardia de esta defensa-, los argumentos que pretenden sostener esta visión van perdiendo peso.

De entrada, la decisión de que el masculino represente de forma implícita también a lo femenino es completamente arbitrario. ¿Por qué lo masculino incorpora a lo femenino y no al revés? No existe otra explicación más que una mezcla de las que hemos ido desarrollando a lo largo de este taller: que se considera que lo masculino es lo referencial y lo femenino lo subalterno, que quienes han creado las normas que rigen el lenguaje son una élite formada por hombres que no incorporan otra perspectiva que la patriarcal y que se pretende que la prevalencia de lo masculino como “lo neutro” haga pasar la desigualdad como “lo normal”.

Además de la falta de argumentos para legitimar el uso del masculino como genérico, existen algunos que lo revelan como una herramienta -más- del sistema patriarcal: existen numerosos experimentos (yo misma he realizado alguno con público supuestamente “concienciado”) que demuestran que cuando se dice “nosotros”, “los niños”, “los hombres”, “los ciudadanos”, “los trabajadores” u otras formas de masculino plural, las personas -incluso las que estamos concienciadas- nos imaginamos un grupo formado por personas de género masculino. En la misma línea, está demostrado que las niñas (que, como todas y todos los mortales, no pueden imaginar nada de lo que no tengan referentes) difícilmente pueden verse a sí mismas

en profesiones, ocupaciones o roles que nunca hayan oído nombrarse en femenino, con lo que el uso del masculino genérico las deja sin referentes (al menos, en una posición de desigualdad con respecto a los niños -otra vez-).

Aparte de los argumentos neurolingüísticos, existen argumentos puramente lingüísticos, como el *salto semántico*. Este fenómeno se da cuando se supone que se está usando el masculino como genérico desde una perspectiva neutra (es decir, incorpora a mujeres y hombres), pero -en realidad- se está utilizando desde una visión androcéntrica (el hombre como referencia y medida de todo) y -por lo tanto- patriarcal. Algunos ejemplos de este uso serían:

*“¿Qué es lo que tienen las mujeres latinas que tanto gusta a **los españoles**; qué les ofrecen las latinas que no les dan las españolas?”¹¹.*

*“Lo que **los americanos** buscan en sus mujeres”*

*“Así son las parejas de **los principales líderes políticos**: Begoña Gómez, Isabel Torres, Malú, Irene Montero y Lidia Bedman son las parejas de los principales candidatos a la presidencia del Gobierno”*

Aparte de estas cuestiones, que evidencian mecanismos de reproducción del *statu quo* (que siempre son mecanismos de reproducción de los intereses de las élites) se dan otros fenómenos lingüísticos mucho más obvios, en su reproducción de la misoginia. Como es el hecho de que algunas expresiones y palabras cambian radicalmente su significado en función de si se expresan en masculino o en femenino. Palabras como *zorro*, aplicado a un hombre, tienen connotaciones posi-

¹¹ No pienso enlazar ni referenciar el artículo del que he sacado esto, pero os prometo que es real

tivas, que se transforman en negativas cuando la palabra es *zorra* y se refiere a una mujer. Expresiones como *cojonudo* (aludiendo a la expresión vulgar para referirse a los genitales relacionados con la masculinidad) tienen connotaciones positivas, mientras expresiones como *coñazo* (refiriéndose a la expresión vulgar de los genitales relacionados con la feminidad) se relacionan con algo negativo. Esto se aplica también a las palabras que describen trabajos y profesiones, que a menudo cambian drásticamente de significado en función del género en que se describan, como se demuestra en palabras como *gobernante* y *gobernanta*, *asistente* y *asistenta*, *cocinero* o *cocinera*, *modisto* o *modista*.

Otro fenómeno que demuestra la misoginia detrás de la construcción del lenguaje es el hecho de que hay expresiones y palabras con connotaciones positivas, que sólo existen en masculino: como *hombría*, *caballerosidad*, *gallardía*, *hombre de confianza*; y otras con connotaciones negativas, que sólo existen en femenino: como *mujer fatal*, *solterona*, *putón* o *estrecha*.

Desde el periodismo y la lingüística, centenares de profesionales han ido construyendo una gran *caja de herramientas* para un uso no sexista del lenguaje, que ha ido inventando las alternativas, construyendo propuestas y poniendo la creatividad al servicio de los cambios en la forma, que siempre son -un poco- en el fondo. Por eso, ahora, contamos con una forma de comunicación mucho menos patriarcal y mucho menos sexista, que es la prueba, pero también la condición necesaria para una sociedad mucho menos patriarcal y mucho menos sexista.

Pero la desigualdad de género no es la única que se refleja en -y se refuerza con- el lenguaje. El



lenguaje es una convención y, como tal, es un consenso -tácito o no- que se legitima con el uso -o con el no uso- que se hace de él. Así, el uso del lenguaje es un reflejo de la sociedad en la que este circula. Por eso, el lenguaje que usamos es -todavía- machista, pero también racista, LGTBI-fobo, capacitista, cuerdistas, especista y colonial. Como mínimo.

Como explica magistralmente ese militante de describir (y combatir) los sistemas de la violencia y la opresión racista a través del cine que es Spike Lee, en su imprescindible *Malcolm X* (1992) las expresiones aparentemente inofensivas como *dinero negro*, *humor negro*, *semana negra*, *dia negro*, tienen connotaciones obviamente racistas, que contribuyen -y lo deja clarísimo en los menos de dos minutos que dura la escena del diccionario- a identificar la negro con lo negativo y -cómo

no- lo blanco con lo positivo. Ya no se trata de no decir “negrito” o “negrita” como si las personas racializadas negras nos generaran una condescendencia que nos obliga al diminutivo, o como si usar la palabra sin empuqueñecerla nos diera *pudor blanco*. Tampoco se trata de no usar la expresión “mulata” o “mulato”, que el castellano ha naturalizado, con todo su colonialismo y que viene de la palabra “mula”, que es la mezcla entre burro y yegua. Se trata de usar las palabras de manera que no parezca que creamos que la blanquitud y la payitud son la norma. Y, sobre todo, de manera que no hablemos como si esa posición de privilegio no nos incomodara. Se trata de dejar de reírnos de los acentos (como si no los tuviera todo el mundo) o de pensar que parecen incultura o falta de cualificación. Se trata de dejar de *ir al chino, gitanada, el paki, sudaca*.

Pero también los demás sistemas de opresión y violencia tienen sus alianzas en el uso del lenguaje. Según estudios del Departamento de Educación del Gobierno Vasco (me temo que no haya ninguna diferencia con otras Comunidades Autónomas) los dos insultos más utilizados en los patios de las escuelas son *maricón*, para los niños y *puta* para las niñas. ¿A cuántas de nosotras nos han llamado *marimachos* de pequeñas? Seguramente a todas, y seguramente nos lo sigan llamando a muchas de nosotras. La disidencia con la heteronorma, por mucho que sea sólo formal, involuntaria o puntual, se paga con insultos como *nenaza, amariconado, que te den por el culo*. Buf! así toda la vida.

Y lo mismo con el capacitismo: *inutil, subnormal, paralítico, retrasado*... cuántas expresiones que utilizamos como insulto, y que hacen referencia a la diversidad funcional, como si ser funcional a la delimitación que ha hecho el sistema de cómo deberíamos ser las personas para ser consideradas

fuerza de trabajo fácilmente explotable, fuera un mérito, algo que nos hace mejores.

Igual con el cuerdisimo: *loca, pirada, psicópata, chiflada*...expresiones que utilizamos como insulto, y que hacen referencia al sufrimiento psíquico, como si no expresar dolores, cicatrices, desequilibrios, penas o euforias, fuera un mérito, algo que nos hace mejores.

En definitiva, participar del relato colectivo desde una perspectiva transformadora, implica posicionarse como un cuerpo atravesado por múltiples sistemas de opresión, a veces como sujeto oprimido, a veces como sujeto opresor, y entender que la posibilidad de tener voz es una oportunidad, pero sobre todo una responsabilidad, para apagar los cañones de luz que enfocan siempre a Los Mismos y encender las luces generales, que iluminan una realidad diversa, compleja, construida de forma inequitativa y que -entre todes- podemos empezar a contar para que se parezca más a la verdad, se acerque más a la justicia y genere un marco propicio para la reparación.

Con las imágenes, la cuestión funciona de forma similar. Resumiendo mucho, a los hombres blancos cishetero adultos se les representa como la referencialidad, la objetividad, la seriedad, el “fundamento”. Se les representa como *sujetos*: seres que hacen cosas, personas con identidad, con agencia. A los cuerpos marcados como mujeres, los cuerpos racializados, los cuerpos no heteronormativos y los cuerpos no normativos, se nos representa como seres monoidentitarios, que solo “somos” eso: objetos, temas, epígrafes, referencias, adornos, complementos, photocalls, figuras de cartón al lado de las que fotografiarse o maniqués a las que poner ropitas, personas que sujetan un cartel.

Ahora que prácticamente cualquier comunicación se convierte en audiovisual, pues las redes sociales exigen imágenes para considerar como tal un relato (instagram y tik tok han reducido los relatos prácticamente a sólo la imagen), es una responsabilidad de quienes trabajamos por la transformación social, generar representaciones desde la disidencia, pero es clave que no sea sólo en la forma. Es fundamental que aparezcan cuerpos e identidades que habitan el margen, pero es igual de importante que lo hagan desde representacio-

nes que los colocan como sujetos. No puede ser que nos acordemos de la diversidad a la hora de diseñar un cartel, y que representemos identidades y cuerpos en todas sus diversidades, que utilicemos incluso la bandera de la diversidad como pantalla, pero que en nuestras acciones, en nuestras referencias intelectuales, en nuestras mesas y en nuestras columnas, en nuestras agendas políticas, se sigan repitiendo las hegemonías. Porque eso es un anuncio de Campofrío, no contribuir a la transformación de la realidad.



Storie de Instagram en el que una influencer instrumentaliza a niños africanos para vender gafas



Referencias

Malcolm X, escena del diccionario

6 comentarios racistas que hacemos casi sin darnos cuenta



Material complementario

Porque las palabras no se las lleva el viento

Miss Escaparate (documental)

"Hasta luego Mari Carmen" Pikara Magazine

¿Cómo dices? una comunicación con equidad de género

MÓDULO III. CONSTRUIR EL RELATO: COMUNICACIÓN PARA LA TRANSFORMACIÓN

SESIÓN 2: CONTAR DESDE LOS MÁRGENES PARA CAMBIAR EL FOCO DE LA CENTRALIDAD

Para asumir esta perspectiva, hay que tener claro que la centralidad se construye y que -si lo pensamos bien- es tan frágil como dependiente de que le dirijamos los focos. Desde un punto de vista político (en el sentido estricto del término, el de “lo relativo al poder”) resulta mucho más complicado, pero desde un punto de vista comunicativo, el centro depende directamente de que quienes estamos en los márgenes, nos coloquemos a su alrededor. Revolcándonos un poco más en las metáforas, los focos de atención, las élites del interés general, las figuras que concentran las miradas, son un poco como el emperador que iba desnudo en el cuento de Hans Christian Andersen, que dependen de la complicidad del público.



El pueblo dejando de fingir que le gusta “el traje” del emperador, después de la honestidad de un niño

La estrategia sería asumir el mismo papel que el niño del cuento (que, en algunas versiones, es una niña) y atrevernos a señalar los relatos falsos en medio de una multitud que prefiere no reconocer lo que ve. Esto puede sonar un poco pretencioso, pero tiene más de responsabilidad con lo colectivo que de vanguardia o heroicidad.

Asumir la portavocía de lo marginal siempre tiene un precio y tenemos demasiados ejemplos de ello: Berta Cáceres, Marielle Franco, Malala Yousafzai, Martin Luther King, o las más de 1.000 periodistas asesinadas y asesinados en el mundo desde 2006 y cuyos asesinatos han quedado impunes en el 90% de los casos. Pero, aun así, hay gente que lo sigue haciendo. Por algo será.

Pues probablemente sea por la pulsión de libertad y lucha que nos ha movido como humanidad y que está detrás de todos los derechos y libertades que tenemos las personas, y que siempre han conquistado otras por nosotras, poniendo sus cuerpos. Seguramente porque, como dice Bell Hooks: “para una vida de esclava, hace falta una mentalidad de esclava”.

La misma Hooks, explica en sus escritos que en la historia de las luchas humanas, casi nunca se han levantado quienes están en situación de extrema vulnerabilidad, pues esas personas están en situación de supervivencia y difícilmente pueden dedicarse a construir discursos emancipadores. Por eso es imprescindible que haya quienes asumen portavocías que se convierten en liderazgos.

Alzar la voz y señalar a los emperadores (aunque sean *microemperadores*) que van desnudos es una labor imprescindible que alguien tiene que asumir.



Bell Hooks

Por suerte para nosotras, la multiplicación exponencial de fuentes que ha supuesto la universalización de internet y las redes sociales, también ha multiplicado las posibilidades de portavocía y, podríamos decir que ha atomizado los focos. Esto significa que se han generado infinidad de *microliderazgos* que pueden ir asumiendo de una forma colectiva (siempre que se entiendan como una lucha articulada) el peso de lo que supone encarnar voces disidentes.

Los resultados de este fenómeno están todavía en construcción, pues las redes -aunque parezca que lleven toda la vida con nosotras- son relativamente recientes en términos sociológicos y resulta complicado analizar sus consecuencias. Pero ya tenemos suficiente perspectiva como para entender que han supuesto un cambio (por lo menos un tambaleo) en la estructura que dirige los focos (y, por tanto, define quiénes son “las élites”). El surgimiento de los espacios de construcción de *microcentralidades* que podríamos considerar a las redes sociales, sin un control directo desde los centros del poder (“directo”, no vamos a caer en la candidez de creer que los algoritmos, las políticas de “censura” y todas las estrategias comerciales pero también de manipulación, no son una forma de control) supone una oportunidad para quienes estamos “condenadas” a la marginalidad de nuestros discursos, precisamente porque nuestros discursos son -y siempre deberían ser- contrahegemónicos.

Dicho en fácil:

- Internet y las redes sociales nos han convertido a todas las personas (con acceso a un dispositivo conectable a internet) en potenciales líderes de opinión. Eso es una oportunidad que deberíamos plantearnos aprovechar.
- La inmediatez de las publicaciones en redes sociales ha eliminado (cada vez con más filtros, eso es verdad) la figura del intermediario. Ya no hay editores, jefes de sección, directores de medios o figuras (patriarcales, casi siempre) que decidan lo que se publica y lo que no. Las ganas de hacerlo, un perfil en un red y un dispositivo conectado, y puedes contar lo que quieras. ¡Lo que quieras!. Imposible no usar ese poder.
- Los estudios de audiencias se han sustituido por todas las posibilidades de interacción (y de cuantificación). *Likes*, menciones, repubblicaciones, medidores de visitas y herramientas similares permiten saber qué repercusión está recibiendo una publicación en tiempo real, y -en muchos casos- quiénes están accediendo a ella. Es inevitable tener una “política de comunicación” teniendo en cuenta los “gustos” de “nuestro público”.
- La combinación de falta de intermediación y de portavoces de la hegemonía claramente definidos que “guíen al pueblo” sobre a quién prestar atención, han generado una serie de liderazgos inesperados, que nunca hubieran tenido visibilidad en un mundo en que solo las élites señalan a “los elegidos”. Poco estamos aprovechando la capacidad de imponer un *olimpico del margen*.
- Poca gente se acerca a las redes sociales sólo en el rol de receptor/a. La mayoría hemos sido educadas como público pasivo, pero he

mos caído en la tentación de ser emisoras, aunque sea esporádicamente. ¿De verdad vamos a permitir ser sólo espectadoras, sin contribuir, aunque sea desde nuestra irrelevancia, al relato?

- Las propias herramientas de interacción son generadoras de redes, pues ponen en contacto a colectivos y personas que comparten intereses. Se generan, así, redes que pueden convertirse en espacios de articulación que construyan mensajes colectivos y que retroalimenten las luchas.

Así, si cayéramos en la inercia -aprendida de la hegemonía- de creernos que nuestro propio relato es la realidad completa, podríamos sacar la conclusión de que, con la ayuda de las redes sociales, la llegada de los tiempos de la verdad, la justicia y la reparación es casi casi cuestión de tiempo. Primero, (inspiradas en Leonard Cohen) conquistaremos el relato, y después conquistaremos Berlín... Pero parece que no es tan simple, la cosa.

Precisamente las mismas claves que hemos señalado como oportunidades -que nunca antes en la historia se nos habían presentado- para apagar en parte las luces que señalan al centro del escenario e impiden que se vea -y se escuche- a quienes estamos en la platea, pero sobre todo a quienes habitan el *gallinero*, y a quienes no vienen hasta después de la función a limpiar los baños, son las que pueden operar -una vez más- en nuestra contra.

Es muy importante tener en cuenta que la sensación de estar formando parte de la “corriente principal” (lo del *mainstream*, ese) que nos puede ofrecer estar participando del relato en aparente paridad con las y los interlocutores que vienen de

las estructuras de la hegemonía, es ficticia, casi tan falsa como el traje invisible de ese señor que se pasea desnudo ante el pueblo, cegado por su propio privilegio; casi tan peligrosa como el silencio de ese pueblo amordazado por su propio miedo a ver la realidad y no la farsa. El poder, y todas sus estructuras (y la hegemonía, por mucho que sea abstracta, es una de ellas) nunca van a admitir a quienes representan lo contrahegemónico. Si lo hacen, es con intereses ocultos. Será para instrumentalizarlo, para apropiárselo, para desactivarlo o para fagozitarlo. O sea, para comérselo con patatas.

Ya hemos hablado en capítulos anteriores de la forma en que el *mainstream* ha acogido algunos de los mensajes del feminismo y los ha hecho propios, eligiendo los menos incómodos, igual que ha hecho con las -supuestas- portavoces del movimiento feminista a las que les “deja” seguir teniendo un espacio: o a costa de su incomodidad, o a costa de una violencia que va dirigida a todas, pero que reciben de manera desproporcionada las más visibles.

Es una elección que no deberíamos asumir como algo que tenemos que hacer: o la pérdida de potencial transformador o la seguridad. De hecho, esa sería nuestra responsabilidad como comunicadoras por y para la transformación: desarrollar un relato que desmonte las estructuras del poder que ataca nuestras vidas y nuestros cuerpos, sin tener que sacrificar nuestros cuerpos ni nuestras vidas en el intento.

Ya lo decía Leonard Cohen: “Me amaste como perdedor, pero ahora te preocupa que pueda vencer”.



Referencias

1109 periodistas asesinados en todo el mundo

First, we take Manhattan (Leonard Cohen)



Material complementario

Guía básica del uso inclusivo del castellano

Sobrevivir al feminismo de masas: guía de cultura ‘mainstream’

La Movida fue realmente una continuación del franquismo

MÓDULO III.

CONSTRUIR EL RELATO: COMUNICACIÓN PARA LA TRANSFORMACIÓN

SESIÓN 3: CONSTRUIR UNA AGENDA PROPIA PARA REDEFINIR LAS “CORRIENTES PRINCIPALES”

Es un debate que no terminamos de resolver: ¿ignorar a la ultraderecha es una estrategia para desactivar su evidente avance? ¿recoger los guantes de los debates sobre los consensos que el fascismo está poniendo en cuestión es una forma de darles más espacio? ¿O, como decía Durruti, mejor ni hablar porque “con el fascismo no se debate, se le combate”?

No parece que hayamos definido -de momento- una estrategia clara para combatir los mensajes de las nuevas expresiones del fascismo, que son otra forma de contrahegemonía, pero que nos lleva la ventaja de ser todavía más funcional a los sistemas de opresión y dominación que los propios discursos hegemónicos. Vamos, que nos ha salido un nuevo enemigo: un discurso transformador, pero que busca la transformación hacia luga-

res mucho más lejanos de la verdad, la justicia y la reparación de lo que estamos ahora mismo.

Es complicado encontrar una estrategia clara que permita combatir -a la vez- la apisonadora de quienes representan los intereses de las élites, intentando hacerlo “desde dentro”, con “las armas del sistema”, con “las herramientas del amo” y enfrentar un discurso destructivo que arrasa con todo, pero que está defendiendo los mismos intereses y tiene, precisamente su apoyo. Desenredando: que desde los discursos contrahegemónicos que buscan la transformación social (los “nuestros”) como son el feminismo interseccional, el antirracismo y el anticapitalismo, tenemos dos frentes abiertos:

- la maquinaria del sistema, que construye, reproduce y define la hegemonía, haciendo que el sistema siga -literalmente- funcionando, pero manteniendo las formas para que las desigualdades sigan pareciendo fallos excepcionales de su perfecto engranaje
- la ofensiva fascista, que no se toma la molestia del disimulo y que defiende abiertamente los sistemas de opresión, de los que se considera privilegiado natural.

Por mucho que ambos enemigos compartan amos y fines, las estrategias no pueden ser las mismas para enfrentar a quienes cumplen las reglas del juego (básicamente porque las han definido ellos) y a quienes desprecian la verdad, temen a la justicia y rechazan la reparación y no consideran necesario crear relatos que suavicen sus intenciones, si no todo lo contrario.

En mi opinión, como periodista, como feminista, como militante de base del movimiento feminista, como experta en violencias patriarcales y violencia simbólica, como cuerpo marcado como mujer, como lesbiana visible, como objetivo individual y colectivo de violencia fascista continuada, la mejor -seguramente no la única- estrategia para combatir la ofensiva fascista es no permitir que hagan retroceder los consensos internacionales.

Me explico: La *humanidad* (asumo que es un concepto complicado de defender, pero lo elijo a propósito) aprendió algunas lecciones después de las atrocidades cometidas en las dos guerras “mundiales” (es triste reconocer que no eran tan “mundiales”, pero que las percibimos como tales porque implicaron -básicamente- a las potencias económicas y geopolíticas de occidente). De esos aprendizajes, surgieron algunas instancias internacionales que pretendían establecer unos límites básicos, básicamente para que los intereses económicos y políticos no se siguieran utilizando sin ninguna limitación para masacrar a la población mundial. Sin caer en la candidez reformista de pensar que las instituciones internacionales sean los garantes de la libertad y la democracia, lo cierto es que algunos organismos internacionales han generado marcos de protección y de garantía del cumplimiento de los derechos fundamentales, que han hecho que el mundo sea un espacio más habitable para muchas personas. Conscientes

de que la crítica a los organismos internacionales desde muchas perspectivas daría para varios talleres, nos centramos en algunas de las herramientas que han generado:

- Declaración Universal de los Derechos Humanos (1948)
- Convención de Ginebra. Estatuto de los Refugiados (1951)
- Convención de los Derechos del Niño (1959)
- Convención sobre la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación contra la Mujer (1979)
- Convenio del Consejo de Europa sobre prevención y lucha contra la violencia contra las mujeres y la violencia doméstica, Convenio de Estambul (2011)

Evidentemente, hay muchos otros tratados e instrumentos internacionales, que pretenden garantizar la seguridad de las personas, de los pueblos y de los territorios, pero he seleccionado estos porque son los básicos, los que están ratificados por una mayoría de estados y que -si se cumplieran- podrían hacer del mundo un sitio en el que el centro lo ocupara la prioridad de que todas las personas viviéramos vidas dignas de ser vividas. Algo parecido al mundo por el que luchamos, vaya.

En mi opinión (ya os he contado desde dónde la sitúo) estos son los límites innegociables sobre los que no se debate con nadie. No se debate sobre la garantía efectiva de todos los derechos para todas las personas, no se debate sobre el trabajo infantil, no se debate sobre la esclavitud y no se debate sobre la existencia de la violencia de género. Y punto. No podemos permitir que la agenda fascista se imponga y nos haga retroceder, abandonando la construcción de un relato propio en el



que estamos inmersas, para ponernos a debatir sobre consensos que ya no pueden ser puestos en cuestión.

Con la “corriente principal”, la cuestión es otra.

La “corriente principal” se reinventa constantemente para seguir pareciendo un espacio dinámico, abierto y tolerante, en el que todo el mundo tiene sitio. De hecho, esta clarividencia -que pagamos cara- de quienes decidimos comernos la pastilla roja y señalar que el emperador va en pelotas, empieza con la asunción de que lo que llamamos el “mainstream” (la *cultura popular* de toda la vida) es una proyección de sombras en la pared, como en *La Caverna* de Platón, en la que figuras que nos parecen reales, representan teatros que nos parecen la vida, y dibujan un mundo que nos parece el nuestro. La misma clarividencia que nos disuade de creer que podremos participar del relato, sin cambiar nuestros relatos.

Como ya aprendimos de los cerdos de la granja de Orwell, y como nos recuerda Audre Lorde, las cosas no salen bien cuando se intenta desmontar “la casa del amo con las herramientas del amo”.

Por eso, tan importante como generar relatos contrahegemónicos, es construir una agenda propia. Sería caer en una trampa bastante burda permitir que, en una lucha que tiene que derribar o escalar el muro gigante y helado del relato (quienes hayáis visto *Juego de Tronos* os lo estáis imaginando ahora mismo) para empezar a derribar las estructuras del sistema, permitiéramos que fueran quienes están defendiendo el muro desde arriba quienes nos definieran las posiciones, las horas y las estrategias para atacar. Aunque sea una peli asquerosamente patriarcal y que ha envejecido fatal, sería bastante más recomendable aprender de la estrategia del ejército de Esparta en la Batalla de las Termópilas, tal y como se describe en *300*. Cuando sabes que tu enemigo te supera irremediablemente en número y armas, sólo te quedan dos esperanzas: confiar en la fuerza de quienes luchan por sus ideales -no suele salir bien, sobre todo desde la perspectiva de quienes luchan-, y llevar al enemigo a un punto que le haga vulnerable y a ti fuerte. Spoiler: no siempre sale bien.



La reina de Esparta despidiéndose del señor de su marido

Pero no nos embarcamos en la liada vital, profesional y política que supone la lucha por la transformación del mundo porque queríamos ganar, si no porque entendimos (a veces cuando ya era demasiado tarde para retroceder) que, como dice Yayo Herrero, “no existe la victoria final, camino es lo único que tenemos”. Por eso, a nuestra manera, como siempre hemos hecho, de a poquitos y de forma horizontal, vamos tejiendo redes que nos sostienen y que crean el relato que haga habitables los márgenes, mientras señala a la centralidad como una farsa que, entre todes, podemos destruir. Para que nadie se quede al margen. Para que nadie se quede con el centro.



Referencias

Declaración Universal de los Derechos Humanos

Convención de los Derechos del Niño

Convención de Ginebra

Convención para la eliminación de todas las formas de violencia contra las mujeres

Convenio de Estambul



Material complementario

Malcolm X, negro de la casa y negro del campo

Haz tus maletas sin saber a dónde te mudas.
Paul B. Preciado

MÓDULO IV. LENGUAJES NUEVOS PARA RELATOS EMANCIPADORES

SESIÓN 1: REPENSAR Y (RE-PRODUCIR) LO AUDIOVISUAL PARA UN NUEVO IMAGINARIO

Ahora mismo, prácticamente todas las comunicaciones son audiovisuales. No sólo las comunicaciones orientadas a lo público, sino que -también en nuestras comunicaciones privadas- hemos asumido la parte audiovisual como un *plus*, casi necesario, para entendernos con la(s) persona(s) con las que hace pocos años, simplemente habiéramos hablado por teléfono. Los *Zooms* (y *Jitsis* y *Meetings*, y *Duos*) y demás formas de comunicarnos audiovisualmente en las relaciones profesionales, pero también en las personales, nos han convertido a todas en expertas en comunicación, aunque sea caseras.

Todo el mundo hemos experimentado cuál es el rincón más bonito, o más serio, o con más aspecto profesional o con más *rollazo* de nuestra casa (incluso se han generalizado los fondos tipo *chroma*); hemos aprendido a poner la cámara por encima de los ojos, que es un encuadre mucho más favorecedor, y sabemos en qué posición la luz nos

hace más justicia (o menos, depende de lo que busquemos). Y, si no es así, ya estás tardando.

Porque todas las personas llevamos una buena comunicadora dentro, aunque sea de manera inconsciente. Por eso, todas las personas usamos diferentes tonos de voz en función de con quién nos estemos comunicando, nos vestimos de manera diferente para distintas ocasiones y círculos, y elegimos cuidadosamente y filtramos si es “necesario” las fotos que publicamos en redes y hasta las que mandamos al *guasap* de la familia.

Hubo un tiempo en que las personas articuladas en torno a los movimientos sociales considerábamos, casi, que cuidar la(s) imagen(es) era contrarrevolucionario. Como si la imagen y el discurso



Cartel de la película *Oktubre* de Eisenstein (1927), que representa el triunfo de la Revolución Rusa a través de una representación épica

visual fueran algo secundario, de lo que sólo se ocupan las personas frívolas, los individualistas y quienes se rinden a las estructuras del capitalismo (que es el gran imperio de lo visual, sobre todo en este extraño siglo XXI). Pero resulta que no. Que la mente humana retiene una parte limitada de lo que lee, una parte mucho mayor de lo que escucha y una parte considerablemente mayor de lo que ve. Y mucho más si lo ve y lo escucha a la vez. Y en “nuestras filas” se han dado grandiosos ejemplos de cómo la incorporación de lo visual al relato, contribuye a generar un imaginario colectivo contrahegemónico, en el que los cuerpos, las luchas, los pueblos, los territorios, las identidades, las realidades no representadas en el relato que se impone desde el poder, aparecen, existen, se visibilizan, se sitúan, SON.

La representación audiovisual es igual de clave que la participación en el relato principal. De hecho, es participar en el relato principal. Es por ello que desde los movimientos sociales hemos peleado por la representación.

Desde el movimiento feminista, hemos exigido que se nos tenga presentes en los medios de comunicación, en la ficción y en todos los espacios del conocimiento y de la cultura general, y que se nos repare por la invisibilización a la que se ha sometido a todas las que hicieron aportaciones en todos los ámbitos, pero también por la que ha hecho a la aportación imprescindible de todos los cuerpos marcados como mujeres cumpliendo con “nuestras funciones”, a lo largo de la historia. Desde el movimiento antirracista, se ha exigido la representación de las personas racializadas en toda su profundidad, no cumpliendo papeles estereotípicos y que reproduzcan el supremacismo blanco. Desde el movimiento decolonial, se pelea por la visibilización de las culturas colonizadas en posición de

igualdad, sin paternalismos ni exotizaciones, que profundicen en las dinámicas coloniales. Desde el movimiento indígena, se lucha por representar a sus culturas en la riqueza y complejidad de todas sus expresiones, no desde la condescendencia y la folklorización. Desde la lucha LGTBIQ se viene reivindicando la representación de todas las identidades de género y de todas las orientaciones sexuales en su realidad incuestionable, sin tópicos, patologización o traumatización.

Porque en todos esos movimientos, y fruto del análisis profundo de las opresiones en torno al que se construyen las luchas antisistema, se ha entendido que el relato no puede ser sólo teórico y verbal, si no que para que una realidad exista -y todas las luchas sociales tienen el objetivo de construir una nueva realidad- primero hay que imaginarla, y que -como ya hemos explicado en módulos anteriores- no podemos imaginar algo de lo que no tenemos referencias.

Así, ha habido en nuestra historia reciente ejemplos clave del uso del discurso audiovisual como herramienta de lucha al servicio de la transformación social.

Uno de ellos es el movimiento zapatista y la estrategia de comunicación del EZLN (Ejército Zapatista de Liberación Nacional)

De forma complementaria a una agenda política y social (y -de alguna forma, también- militar) la lucha zapatista desarrolla una estrategia audiovisual, estética -y casi de *marketing*- que genera una representación que se vuelve, en poquísimo tiempo, reconocible para prácticamente todo el mundo. El pasamontañas, el pañuelo rojo, el liderazgo misterioso, la imagen propia elaborada por artistas locales con la estética local...



Mujeres con la dignidad rebelde en Chiapas

El movimiento zapatista generó una lucha que era un relato y un relato que era una lucha.

Conociendo las pocas posibilidades que tenía una lucha en una zona remota de una región remota de México, liderada por un pueblo indígena minoritario y extremadamente empobrecido de captar la atención de los medios y de la comunidad internacional, construyeron una estrategia de comunicación que hizo que gran parte del planeta (en gran parte quienes -muy a nuestro pesar- éramos parte del enemigo contra el que luchaban) nos sintiéramos interpeladas y creyéramos que podíamos hacer nuestra esa lucha. ¿Quién de nosotras no tiene un póster zapatista, una camiseta, una pegata? ¿quién no ha soñado con ir (o ha ido) a San Cristóbal de Las Casas? Pues eso.

Pero el ejército zapatista no fue el primero. El *Black Panther Party* ya entendió desde su creación, en 1966, que la representación de la minoría negra era una de las estrategias de lucha para dejar de ser una minoría sometida a todas las formas de la represión institucional, la violencia estructural y la pobreza sistémica.



Activistas del Black Panther Party

Y no una representación cualquiera, sino una que mostrara el orgullo racial y generara una cierta épica. La referencias a la cultura africana, el pelo *afro*, el cuero negro, las boinas, las botas, las armas... toda una retórica que hablaba por sí misma, y que complementaba el discurso de la agenda política, social (y -de alguna forma, también en este caso- militar).

Desgraciadamente, los discursos contrahegemónicos contruidos para “el mal”, también entendieron muy pronto la importancia de la estética y lo (audio)visual. Por eso, el ejército nazi y el III Reich generaron, no sólo una maquinaria a gran escala para aniquilar de forma sistemática a seres humanos, sino también una “estrategia audiovisual” que incluía a la fotógrafa Leni Riefenstahl, cineasta ofi-



uniformes diseñados y confeccionados a través de la explotación de prisioneras de guerra por Hugo Boss

cial del régimen y A Hugo Boss, el sastre que se enriqueció y se hizo famoso por diseñar y explotar a prisioneras en la confección de los uniformes del ejército nazi.

Más recientemente, en los movimientos sociales hemos asumido la importancia de generar un discurso audiovisual propio, para generar un relato propio que construya (o al menos proyecte para una construcción futura) una realidad nueva. A veces de forma planificada, a veces desde la intuición y a veces para nuestra sorpresa, hemos generado representaciones propias que contribuyen a las luchas que nos mueven.

El pañuelo verde es un ejemplo clarísimo de esto. Un símbolo utilizado inicialmente por las feministas que salían a las calles argentinas a reivindicar el derecho al aborto, libre y gratuito -al principio una minoría-, se ha convertido en un símbolo de la lucha por los derechos de las mujeres en toda Abya Yala. Las ¡y los! representantes del parlamento argentino llegaban el día de la votación con trajes, vestidos, corbatas y complementos verdes, haciendo propio y llevando a la “arena” institucional, un símbolo que nació en las calles, como parte del discurso antisistema.

En el movimiento antirracista, el movimiento feminista interseccional y la lucha LGTBIQ hay, ahora mismo, una batalla por la representación. Estamos intentando asaltar la hegemonía y que el imaginario colectivo se llene de gitanas, negras, gordas, viejas, canosas, *butch*, maricones, personas no binarias, bisexuales, trans, asiáticas, *locas* y *tullidas*, que ocupen espacios desde la agencia y la complejidad, no representando el margen que ocupan, como si fuera su espacio natural.

¿Te apuntas?



Referencias

Película “Octubre” (Eisenstein, 1927)

Hugo Boss y su pasado nazi

Leni Riefnstahl, la cineasta oficial del régimen nazi



Material complementario

Las mujeres por la dignidad rebelde

No one ever asks what a mans role in the revolution is

Un ensayo sobre el pañuelo verde

MÓDULO IV. LENGUAJES NUEVOS PARA RELATOS EMANCIPADORES

SESIÓN 2: LAS REDES SOCIALES O LA ATOMIZACIÓN DE LAS AGENDAS COMO UNA OPORTUNIDAD PARA UN PENSAMIENTO CRÍTICO

Ya hemos hablado en módulos anteriores de la atomización de las agendas que ha supuesto la llegada de internet. En un tiempo *pre-red*, en el que todas las agencias de noticias, todos los canales de televisión, la mayoría de las emisoras y todas las cabeceras de prensa diaria y revistas, estaban en manos de un puñado de fortunas, de macro corporaciones o eran “servicios públicos” al servicio de los intereses de los gobiernos, internet hizo un cortocircuito que generó un incendio que ríete tú de *El Coloso en Llamas*.

El sistema, antes de esa red que nos atraviesa la vida, era casi perfecto. La práctica totalidad de la población mundial que tenía acceso a alguna forma de comunicación, lo hacía a través de alguna sucursal de alguna corporación mediática, pantalla -a su vez- de intereses económicos o

políticos o viceversa, que es un poco lo mismo. Pocas posibilidades de acceder a información que no hubiera sido pasada por el tamiz del *establishment*.

Pero además, y en esta casa somos muy de ficción, las productoras de industria “del entretenimiento” (madre mía, me pregunto cuándo se empezó a llamar así al cine), es decir, quienes generaban los imaginarios colectivos para que la gente imaginara otras vidas, también estaban concentradas en muy pocas “manos” (osea, fortunas ancestrales y otras maquinarias de hacer dinero). De esta manera, lo que se suponía que la gente tenía que creer que era la realidad y lo que suponía que la gente tenía que imaginar, salían de las mismas manos. Osea, fortunas ancestrales y otras maquinarias de hacer dinero.

Y esto, en las cabezas -y en los cuerpos que las mueven- tiene su repercusión. Pregúntate, si no, cómo contruiste tu idea de lo que era el sexo, lo que era el éxito, lo que es una familia, lo que deberían ser tus sueños, cómo es el Caribe, Nueva York, el “mundo islámico”, un cuerpo “perfecto”, un gobierno democrático, Israel, el terrorismo, un juicio justo, la policía, el periodismo, la maternidad, una casa bonita, una buena vida, la belleza, el



“El Secreto de mi éxito” (Herbert Ross, 1987), un engendro ochentero que nos enseñó a querer “triunfar”.

pueblo gitano, la menstruación, la lucha armada, la cárcel, el sexo lésbico o el amor romántico.

¿Sabes cómo? En las películas. En las series. En la televisión. En el imaginario que te construyeron.

Esto es un bajón, lo sé. Pero para la guerra de guerrillas, como la nuestra, hace falta ser capaz de utilizar las fuerzas “del enemigo” a nuestro favor. Como en los cursos de autodefensa feminista, cuando aprendemos a aprovechar el peso del agresor para atacarle.

Precisamente, y me temo que contra la voluntad de quienes impulsaron la investigación e hicieron del invento -en principio con objetivos militares- un producto abierto a la población, internet vino a romper (quizás sólo en una burbuja temporal de transición, pero es la que nos ha tocado vivir) esta unidireccionalidad de las informaciones y contenidos, que parten siempre del mismo sitio (del centro/los centros/la hegemonía) y en las que la

inmensa mayoría de la población sólo ejercemos el rol de receptoras.

Ahora no. Ahora todas las personas que tenemos un dispositivo con posibilidad de conectarse a internet tenemos posibilidades ilimitadas para:

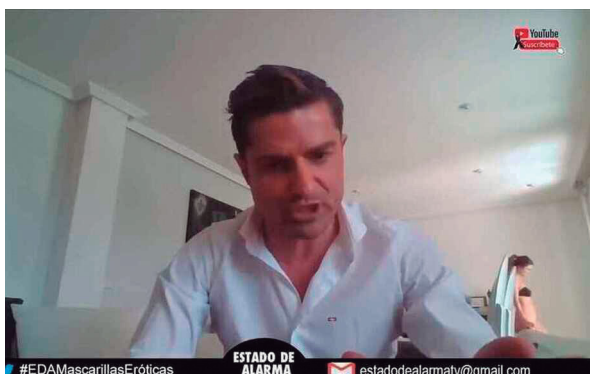
- emitir nuestros propios mensajes
- seleccionar de dónde queremos que vengan nuestras informaciones
- establecer redes de conexión con quienes comparten nuestros intereses

Esto tiene varias consecuencias:

Una de ellas es la **generación de burbujas**, en las que las personas nos interesamos sólo por las informaciones que nos interesan y nos retroalimentamos en un bucle infinito que repite constantemente los mismos mensajes, sean la ideología fascista, la música *indie* en español de los 90, el feminismo o la feminidad obediente.

Otra es la **construcción de una “agenda propia”**, en la que cada persona, en cada red, construye un directorio propio de emisores que le interesan y crea un universo propio en el que decide los temas, los referentes y los mensajes de los que se quiere nutrir. Puede parecer lo mismo, pero no es igual. Se trata de personas que tratan de construirse un criterio propio, y lo hacen seleccionando sus fuentes.

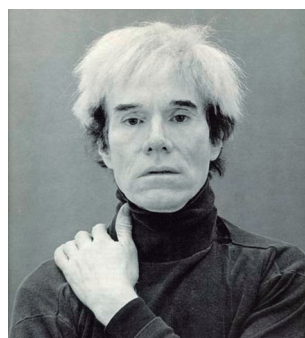
Una consecuencia más es la **generalización del rol de emisor/a**. La mayoría de las personas -cada vez más, cuanto más jóvenes (y, por tanto más alfabetos digitales)- se convierten en creadoras de contenido. En las condiciones en las que se dan las comunicaciones en las redes sociales, todas generamos contenidos que pueden llevar a tener



Protagonista del Merlos Place, que se convirtió en noticia internacional

una repercusión que nunca imaginamos. Desde las publicaciones en diferentes redes que se pueden hacerse virales de manera fortuita, como le sucede periódicamente a personas que ponen una publicación que no crean que vaya a tener más repercusión y que se convierten en noticia nacional e incluso internacional; hasta personas anónimas que van adquiriendo notoriedad poco a poco, hasta que se convierten en referencias en ámbitos determinados; pasando por las personas que se pasan de ser relativamente conocidas en ámbitos determinados, hasta convertirse en auténticas referencias para el gran público, como fruto de su actividad en las redes.

Por mucho que estas dinámicas generan liderazgos algo vacuos y muchas veces paralelos a los generados por el sistema capitalista (lo cierto es que Cristiano Ronaldo es -hasta la fecha- la persona con más seguidores en twitter), también es verdad que se han “colado” en la universo de las redes, personas, colectivos, medios de comunicación, cuentas colectivas y perfiles de contrahegemonía en general, que han construido un universo que se teje a menudo mezclándose en una red que se salta las barreras, antes infranqueables, de los muros de la hegemonía. Vamos que, ahora



Andy Warhol

más que nunca, se cumple la predicción posmoderna de Andy Warhol, que consideraba que “en el futuro, todas las personas serán mundialmente famosas durante quince minutos”.

Aunque haya discursos apocalípticos que ven en las redes sociales el fin de las relaciones humanas y de la militancia, resulta que tenemos delante de nuestras narices la mayor herramienta para generar discursos contrahegemónicos con las mismas herramientas que ha utilizado la hegemonía. Y tenemos que aprovecharla.

Hay dos cuestiones sobre las que tenemos que estar especialmente alerta:

- **que el discurso hegemónico se apropie de nuestros mensajes.** Lo hacen constantemente y lo han intentado siempre. Nos robaron la imagen del Che Guevara inmortalizado por Korda, a Frida Khalo, hipersexualizaron a la población negra en el cine y la música, en plena explosión del Black Power, y nos están intentando robar el morado, el 8M, la bandera arcoiris, la representación del feminismo y el 28J. Es una estrategia poderosísima del capitalismo: si me haces daño y no te puedo comprar, te trato de vender, convirtiéndote en un producto. Mucho cuidado con esto.

- **que perdamos profundidad revolucionaria.** Es casi un peligro complementario al primero. Dice Amaia Pérez Orozco que “hay que ser reformistas en el corto plazo y revolucionarias a largo plazo”. Descartadas a estas alturas las revoluciones de corte maoista, en las que se acaba con todo y se empieza de cero (suelen implicar muerte y destrucción) asumimos que los cambios van a ser estructurales, pero lentos y parciales y que van a requerir de una radicalidad en el discurso que no nos permita resultar cómodas al sistema. Ese es el precio que nos va a pedir la hegemonía y ese es el precio que no podemos regatear: la incomodidad.

Hay que ser radicales en el discurso. Hay que poner todas las luchas al mismo nivel. Hay que criticar las estructuras del sistema en cada intervención, aunque sólo sea destapando las estrategias de disimulo que éste utiliza.

Es complicado aplicar estas máximas a la vida diaria, y prácticamente imposible definir un manual de actuación de la “buena activista”. Pero sería una clave a elegir como máxima, incluso cuando sólo se pueda elegir una: todas las luchas al mismo nivel. No se puede elegir sólo una lucha contra la opresión. No se puede priorizar opresiones, y mucho menos considerar que la más importante es la que nosotras mismas encarnamos. Y así todo el rato.

Molestar al opresor y revisar nuestros privilegios, para contribuir a destruir un sistema que necesita explotar para perpetuarse. Ese el plan. El único que tenemos.



Referencias

Película „El coloso en llamas“ (John Guillermin, Irwin Allen, 1974)

Película “El secreto de mi éxito” (1987)

Andy Warhol

La historia tras la foto del che guevara



Material complementario

Entrevista a Cristina Fallaras

El no tan bonito jardín de las redes sociales

LATFEM: periodismo feminista y redes sociales

MÓDULO IV. LENGUAJES NUEVOS PARA RELATOS EMANCIPADORES

SESIÓN 3: AUTOPERCIBIRSE (Y SITUARSE) COMO AGENTE EN LA GENERACIÓN DE CONTENIDOS TRANSFORMADORES

El documental *Miss Escaparate*, que formaba parte del material complementario del módulo III, empieza con la cita de Alice Walker: “La forma más común de que la gente te entregue su poder es que crea que no lo tiene.” Y es una definición de violencia simbólica como para enmarcar.

Aunque parezcan realidades materiales inderribables, todos los espacios de poder en todos los contextos, son construcciones. Por lo tanto, son inventadas. Esto no significa que no existan estructuras materiales que construyen opresiones que son reales y que no se pueden destruir fácilmente. Nada más odioso y despolizador que esos discursos que te intentan convencer de que “puedes conseguir todo lo que te propongas”. Como si el género, la raza, la clase, la orientación sexual, la identidad de género, la situación administrativa, la funcionalidad física, psíquica e intelectual, los antecedentes penales, las opresiones que marcan nuestros cuerpos diversos, no existieran.

Pero existe un margen en el ejercicio de nuestros poderes, bastante más amplio que el que generamos la mayoría de las personas. Como votantes, como consumidoras, como algo parecido a la ciudadanía -eso que se dan en las sociedades nominalmente democráticas y en paz- como personas con capacidad de articularnos políticamente en torno a luchas y reivindicaciones, especialmente desde lo colectivo, podemos tener una agencia en la sociedad mayor de la que solemos calibrar.

Pero, ahora, especialmente desde la popularización de internet y las redes sociales y con todas las posibilidades que estas ofrecen -y que ya hemos comentado- tenemos una oportunidad nueva, cuyas dimensiones estamos midiendo un poco “sobre la marcha”: de crear “nuestros” discursos (y va entrecomillado porque se refiere a lo colectivo, que es lo único que me interesa, en términos de discurso).

Puede ser que ya estés aprovechando la oportunidad de poner en la agenda (por mucho que las redes sociales hayan convertido la agenda en algo tan inmenso que pueda parecer más indefinido que nunca) los relatos y discursos contra la hegemonía que te interesan. Pero sería muy raro que, aunque sea desde el rol de espectadora, no estuvieras presenciando la construcción de imaginarios nuevos, que sólo están en espacios de visibilidad porque alguien (que antes no tenía voz o espacio para ajerarla) los ha puesto ahí.

El relato trans, el relato gitano, el relato decolonial, el relato “loco”, el relato disfuncional, el relato de generaciones despreciadas por el edadismo, las manifestaciones culturales ajenas al mainstream (desde el *Kpop* a los *TikToks* de chavalería *random*) hay que tener mucho nivel de desconexión para no enterarse de que se están moviendo muchas cosas en el *underground*.

Y sólo es cuestión de tiempo y atención que el *undeground* se vuelva *mainstream*.

Bueno, y de voluntad de pasar de la escucha a la interlocución. Sólo hace falta algo que decir ¿quién no lo tiene? y capacidad para recoger y gestionar todo lo que expresarse libremente en un espacio amplio (casi ilimitado, de hecho)

como las redes, desde un discurso propuesto desde la libertad y para la transformación social pueda implicar. Sin saber lo que puede implicar, claro. Porque no hay escudos.

Por eso es tan importante la articulación colectiva. Porque, cuanto más subversivo sea el discurso al que contribuimos, más riesgo correremos. Y más red que nos recoja y nos cuide vamos a necesitar.

Un vez, en una charla, una chica muy joven me preguntó: “¿cómo lo haces para resistir?”. La respuesta me salió casi automática, del alma: “Porque me sostenéis”. Y estaba hablando en serio. Los lobos solitarios puede que sirvan para Wall Street, pero no para la construcción de discursos contrahegemónicos y la violencia que se vuelve contra quienes van poniendo los ladrillitos, cosiendo las redes, poniendo el cuerpo por las luchas colectivas que dar contenido a los discursos, que son el marco.

Puede parecer que os trato de disuadir. Pero no es así. Pero tampoco puedo hacer como que no pasa nada, que cuestionar al sistema, aunque sea desde la propia insignificancia, no tiene un precio.

He recibido tantos insultos en los últimos cinco años, que he perdido la capacidad de asombrarme, aunque no la de asustarme. Me han golpeado a la puerta de mi casa, al grito de “lesbiana de mierda”, me han llamado “etarra” en medios de comunicación de alcance nacional, me han hecho pintadas amenazantes en la fachada de mi lugar de trabajo -que es la sede de un medio de comunicación, por cierto- más de ocho veces, me han hecho llamadas, enviado mensajes, filtrado mis datos y mi número personales. He tenido que cambiarme de número, de casa, he tenido que denunciar en una decena de ocasiones y que tomar medidas de seguridad. Pero no lo cambiaría, aunque pudiera.

Porque entiendo que las que tenemos visibilidad -porque hemos elegido usar nuestra voz individual para el discurso colectivo- estamos poniendo un cuerpo definido, pero todas las demás están poniendo, igualmente, su cuerpo. Y sólo estamos contribuyendo -como todas- a una lucha que es la que nos ha entregado -a costa de los cuerpos de otras- todos los derechos que tenemos, sin excepción.

No me parece que estemos haciendo nada extraordinario. Solo cumplir con nuestra responsabilidad.



Material complementario

“Ahora que soy fea, gorda, malfollada”

Cuidados digitales ante un internet cada vez mas violento



GUÍA DIDÁCTICA

COMUNICACIÓN FEMINISTA PARA UN MUNDO JUSTO

—

www.asad.es